

SERVICIO
SECRETO

SS

SIETE NAIPES NEGROS

Clark Carrados



SIETE NAIPES NEGROS

SS Nº 1564

Autor: Clark Carrados

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

LEE FLOYD entró en el bar, de discreta apariencia, y a un paso del umbral, paseó la mirada con aire natural por el interior del local, en el que había media docena de personas, aparte de las dos camareras que atendían a la clientela. Vio a la persona a quien buscaba y se acercó a ella tranquilamente, sin prisas.

Era una mujer joven, y muy hermosa, aunque llevaba los ojos cubiertos por unas grandes gafas oscuras. El vestido era sencillo, color crema, adornado con una rosa roja en el hombro izquierdo. La rosa era la contraseña de reconocimiento de la dama, a la cual Floyd no había visto nunca.

—Señora Rushmore, supongo —dijo.

Ella movió una mano.

—Siéntese, Lee —invitó—. Y llámeme por mi nombre; detesto los formulismos. Ah, y soy divorciada.

Floyd tomó asiento frente a la joven. Una camarera vino y pidió whisky doble.

—Para mí también —dijo Zina Rushmore.

—Está bien.

Zina abrió su bolso y extrajo una pitillera de plata. Galante, Floyd le encendió el cigarrillo. Zina expulsó el humo largamente. Ninguno de los dos habló hasta que la camarera hubo servido las bebidas.

—¿Y bien? —dijo Floyd, tras la pausa.

—Lee, ¿ha oído usted hablar de Winston Farrar? —preguntó ella.

Floyd sonrió.

—Es imposible vivir en esta ciudad sin oír ese nombre todos los días. ¿Por qué me lo pregunta?

—Farrar va a ser asesinado.

De nuevo se produjo otra pausa. Floyd apuró su whisky.

—Vaya a la policía, Zina —dijo al cabo.

—No. Espere, por favor. Se lo suplico. Escúcheme primero y, si luego decide que no quiere encargarse del caso, aceptaré su decisión. ¿Le parece bien?

—No pierdo nada con escucharla; pero, dígame, ¿quién le mencionó mi nombre?

—Un amigo común —contestó Zina evasivamente—. No es un detalle de importancia...

—Según se mire. Pero continúe, por favor. ¿Qué le hace suponer que Farrar va a ser asesinado?

—No lo supongo. Lo sé.

—¿Conoce ya al asesino?

—Desde que nació. Soy yo.

Floyd se pasó una mano por la cara.

—Vamos a ver si nos aclaramos —dijo—. Primero me anuncia que Farrar va a ser asesinado. Me ha llamado, según presumo, para evitar el crimen. Y luego va y me dice que usted será ese asesino. ¿Cómo se descifra el enigma?

—Parece un poco complicado, pero no lo es —sonrió Zina—. Lee, hace algunos días, siete personas se reunieron en una casa. Los siete tienen poderosos motivos para desear la muerte de Farrar. El asunto se debatió extensamente y, finalmente, se sometió a votación.

—Muy democrático —comentó Floyd irónicamente—. ¿Qué más?

—Hubo un sorteo...

—Con unos números en un sombrero y a ver quién saca el de la suerte, ¿eh?

—Sigue usted sin creermelo y esto es más serio de lo que parece —dijo Zina, enojada por la actitud escéptica de su interlocutor—. No fueron números en un sombrero. Fueron...

Abrió su bolso, extrajo un naipe y lo puso delante de Floyd.

Era el as de «pique». Junto a la figura, había una cifra escrita con rotulador negro: el número 1.

—Siga —pidió Floyd.

—El sorteo se hizo de la siguiente manera: se tomaron siete ases negros, de otras tantas barajas, y en cada uno de ellos se escribió un número, del uno al siete. Luego esos siete ases se mezclaron con un mazo corriente de naipes, bien barajados, que se puso boca abajo. Cada uno de nosotros empezó a sacar su carta, y así hasta que se extrajeron los siete ases. Por tanto, cada uno recibió un as negro, debidamente numerado.

—A usted le tocó el primero.

—Ahí lo tiene, Lee.

—Bien, pero si usted ha sido la «afortunada» con el número uno, ¿qué objeto tienen los seis restantes? Una vez haya asesinado a Farrar, los otros se quedarán muy tranquilos, supongo.

—Los otros números indican el orden de la suplencia, caso de que el primero no consiga matar a Farrar. Si el segundo falla, el tercero actuará a su vez y... ¿Lo comprende ahora?

—Asesinos de repuesto, ¿eh?

—Exactamente. —Zina abrió su bolso y extrajo un sobre, que entregó al joven—. Sus honorarios. Dos mil dólares —dijo.

—Oiga, pero yo todavía no...

—Por favor —rogó ella cálidamente—. Admito que, en el primer momento, me mostré de acuerdo con asesinar a Farrar.

—¿Qué le hizo variar de opinión?

—Es un cerdo, pero no se merece que yo me pase el resto de mis días en la cárcel, a cambio de la dudosa satisfacción de saberle en el infierno. Quiero que me ayude, Lee.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Vaya a ver a Farrar y díglele qué es lo que se trama contra él. Menciónele mi nombre, si es preciso. Díglele que le odio y le odiaré durante el resto de mis días, pero que, a pesar de todo, no quiero mancharme con su sangre.

—¿Y por qué no se lo dice usted en persona?

—Temo su reacción. Cuando pierde los estribos se convierte en una fiera. Sinceramente, tengo pánico a enfrentarme con él.

—Pudo haberle avisado por teléfono...

—Sospecho que el mío está intervenido. Le llamé desde una cabina pública, Lee.

—Oh, entiendo. De todos modos, es demasiado dinero por

entregar un simple mensaje.

—Farrar está ahora en su rancho, el Silver Horse. Cría caballos de raza y va a pasar allí una temporada, entrenando uno muy bueno, para el Derby de Kentucky. El S. H. está a cuatrocientos cincuenta kilómetros y dispone de campo de aterrizaje propio.

—Ya. Tengo que alquilar una avioneta.

—Que usted mismo pilotará —sonrió Zina—. Tiene licencia.

—Está muy bien enterada de mis cosas.

—Me lo dijo... el amigo común. ¿Irás a verle?

—Hoy ya es un poco tarde. Llamaré al aeródromo para que me preparen la avioneta que suelo utilizar. Saldré a primera hora. Sin embargo, sospecho que Farrar me hará una pregunta, apenas conozca el mensaje. Yo lo haría en su caso.

—¿Qué pregunta, Lee?

—¿Quiénes son los seis asesinos «suplentes»?

Zina vaciló un poco. Súbitamente su rostro se crispó en una mueca de dolor, a la vez que se llevaba la mano al pecho.

—¿Qué le ocurre? —preguntó él, alarmado.

En el otro rincón, la máquina tocadiscos sonaba a todo volumen. Floyd maldijo al tipo que había puesto en funcionamiento el ruidoso artefacto.

—Zina...

Ella se inclinó hacia adelante. Su mano cayó sobre el regazo y Floyd vio sangre entre sus dedos.

Se levantó de un salto, corrió hacia ella y la incorporó con ambas manos.

—¡Zina! ¿Qué le sucede? —gritó.

Ella abrió los ojos un instante.

—Sam... Nelson... —dijo con voz que era apenas un soplo. Y, casi en el acto, su cabeza se ladeó y sus ojos perdieron el brillo.

Entonces, Floyd comprendió que la joven había muerto.

* * *

Con unas pinzas, el forense extrajo algo del pecho del cadáver. Era una varilla de acero, de unos quince centímetros de largo, con la punta muy aguda y provista de cuatro acanaladuras, que hacían el efecto de estabilizadores en vuelo.

—Esto es lo que ha matado a la víctima, teniente —dijo.

El teniente Kirkland soltó un taco.

—Una maldita manera de matar a la gente —barbotó—. Supongo que si había alguna huella dactilar, la sangre la habrá borrado.

—Penetró casi por completo, menos un centímetro, aproximadamente, y atravesó el corazón —explicó el galeno—. Luego le daré un informe más completo, teniente.

—Está bien.

Los sanitarios se llevaron el cadáver. Kirkland se encaró con el joven.

—¿Y bien, Lee? ¿Tiene algo que contarme?

Floyd encendió un cigarrillo. Él y Kirkland se conocían de antiguo.

—No mucho. Ella quiso que fuese a ver a Farrar, a su rancho. Tenía que darle un mensaje —contestó.

—¿Qué mensaje?

—Hay una conspiración para asesinarlo. Zina tenía que haberlo hecho, pero, a última hora, sintió escrúpulos y se echó atrás. Quería que le avisara, simplemente.

—Una conspiración, ¿eh?

—Sí; pero no me dijo los nombres de los otros conjurados, se lo aseguro. No sé si iba a decírmelos o no; el asesino se lo impidió muy oportunamente.

Un hombre se acercó a la pareja. Era el sargento Rixler.

—Teniente, he hablado con las dos camareras. No han visto al asesino, aunque una de ellas menciona a un tío con el brazo en cabestrillo.

—¿Cabestrillo?

—Sí, señor. Llegó después que el señor Floyd y se acomodó en la barra. Pidió un café y lo tomó sin prisas.

—A ver, dígame dónde se situó.

Rixler caminó hacia la barra. Floyd siguió a los dos hombres.

—Aquí, teniente —indicó el sargento.

Kirkland observó la mesa donde habían estado Floyd y Zina.

—Hay unos cinco metros —calculó—. Lee, ¿cómo es posible que ella no lo reconociera?

—¿Y por qué había de reconocerlo?

—Quizá llegó disfrazado, señor —apuntó Rixler—. El cabestrillo es un escondite ideal para ocultar el artefacto que disparó la flecha.

—Sí, parece lógico —convino Kirkland—. Lee, ¿por qué no le dio ella personalmente el aviso?

—Dijo que le temía y que no se atrevía a afrontar sus reacciones. Por lo visto, en la intimidad, Farrar es un bruto.

—Algo he oído de eso —murmuró el policía pensativamente—. Rixler, aparte del cabestrillo, ¿qué otros datos hay sobre el supuesto asesino?

—Mediana estatura, gafas oscuras, unos treinta y cinco o cuarenta años, pelo castaño...

—Sí, como miles de personas. Lee, puede marcharse. Si sabe algo, si oye alguna cosa interesante, no deje de avisarme.

—Descuide, teniente.

Ya se había hecho de noche cuando Floyd salió a la calle. Tremendamente conturbado, se dispuso a encender un cigarrillo. Al meter la mano en el bolsillo, tocó el naipe fatídico.

Había seis asesinos «suplentes». ¿Quiénes eran?

Nunca sabría si Zina se lo habría dicho o prefería callar los nombres. Sin embargo, se inclinaba por la primera posibilidad.

Con su último aliento, había pronunciado un nombre: Sam Nelson.

«Tendré que buscar al tipo», se propuso, mientras se encaminaba hacia su automóvil.

No tenía la menor idea de su identidad, pero sí conocía el procedimiento para averiguarlo.

CAPÍTULO II

—**N**O, señor, no conozco a ninguna fulana llamada Zina Rushmore —dijo el sujeto de pésimo talante.

Y colgó de un manotazo.

Floyd, resignado, marcó otro número, tras consultar la guía telefónica. Había hecho ya casi veinte llamadas, sin resultado positivo. La S. que aparecía como inicial en la columna de los Nelson encubría nombres muy diversos, de los cuales sólo dos eran Samuel y ninguno conocía a Zina.

Una voz femenina contestó de inmediato.

—Samantha Nelson. ¿Quién es?

—Perdón, señora. Trato de hablar con Sam Nelson. Le ruego me disculpe...

—Oh, no tiene importancia —rio la mujer. Parecía joven y Floyd se la imaginó joven y vivaz—. A veces, algunos creen que soy un hombre. La verdad es que los amigos abrevian el nombre y me llaman Sam. No se preocupe, no ha sido ninguna molestia...

Floyd creyó haber dado con la solución. ¿Y si Zina había querido referirse a Samantha Nelson?

—¡Espere, no cuelgue, señorita! —gritó—. Deseo hacerle una pregunta.

—¿Sí? —dijo ella.

—Por favor, es muy importante. ¿Conoce a Zina Rushmore?

—Nunca he oído ese nombre. Lo siento. Buenas noches.

Sonó un «click». Decepcionado, Floyd volvió el teléfono a la horquilla y se fue a la cocina, para prepararse una taza de café. Todavía le quedaban unos cuantos Nelson en la guía, pero antes de

continuar quería concederse un pequeño descanso.

Al cabo de un rato, regresó a la sala. Estaba en mangas de camisa. Hacía calor y tenía abierta la ventana. Prosiguió la tarea.

De repente, oyó un ruido sordo.

Volvió la cabeza. En el diván, junto a su hombro izquierdo, se veía asomar una varilla metálica, de una forma conocida.

Inmediatamente, se echó a un lado. Estuvo así unos momentos, hasta percibir el ruido de un automóvil que arrancaba a toda velocidad. El instinto le hizo saber que en aquel coche escapaba el asesino.

Respiró hondamente. Poniéndose en pie, cerró la ventana y corrió las cortinas. Luego fue al diván y arrancó la varilla.

Con gran sorpresa, vio que tenía un papel atado en la parte central. Cortó el hilo con unas tijeras, desenrolló el papel y leyó un siniestro mensaje:

SI HUBIERA QUERIDO MATARLE; YA ESTARÍA MUERTO. TÓMELO COMO UN AVISO AMISTOSO Y OLVÍDESE DEL CASO DE LOS SIETE NAIPES NEGROS.

Floyd silbó tenuemente. La cosa era más seria de lo que parecía. Pero era un tipo tenaz, al que no le gustaban cierta clase de presiones. Y aunque no fuese más que por vengar la muerte de una mujer, que se había negado a cometer un asesinato, seguiría adelante.

—Se van a enterar de quién es el hijo de mi padre —masculló, mientras hacía saltar en la palma de la mano.

* * *

El aparato describió un círculo descendente y luego enfiló la cabecera de la pista. Las ruedas chirriaron levemente al tocar el suelo. Floyd cortó el gas, tiró de la palanca hacia adelante y presionó suavemente los frenos.

Dos hombres, ambos armados con fusiles automáticos, corrieron hacia el avión. Floyd abrió la portezuela.

—Tranquilos, muchachos —dijo, a la vez que enseñaba las palmas de las manos—. Vengo en son de paz.

Los guardas no dijeron nada, limitándose a apuntarle con las armas. Un jeep rodó velozmente hacia el avión y se detuvo en las inmediaciones. El vehículo era conducido por una hermosa joven, de pelo intensamente rojizo y ojos verdes, ataviada con sombrero

vaquero, blusa sin mangas y pantalones muy cortos.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Lee Floyd, investigador privado. Traigo un mensaje para el señor Farrar.

—Soy Sandy Leptin, su secretaria personal. El señor Farrar no puede recibirle en estos momentos. Deme el mensaje y lárguese.

—Es usted muy poco amistosa, señorita. Por muy cerca que esté de Farrar, no quiero decirle a usted nada que sólo él debe escuchar personalmente.

Tendió la vista. A trescientos pasos de distancia se divisaba una pista de entrenamiento de carreras, junto a la cual se hallaba un individuo, aparentemente muy entretenido en contemplar las maniobras de un esbelto caballo negro.

Sandy vaciló al oír la enérgica respuesta del joven. Floyd saltó al suelo. Los guardas cruzaron sus fusiles, pero él los apartó desdeñosamente. Luego echó a andar hacia la pista.

Ella maniobró el jeep y se emparejó con Floyd.

—No le hará caso...

—Cuando esta noche vaya a su cama, pregúntele qué le he dicho; puede que se lo repita —contestó Floyd, sin mirarla siquiera a la cara.

Enfurecida, Sandy pisó el acelerador, a la vez que desviaba el volante.

Floyd saltó a un lado.

—¡Está loca! ¿Acaso pretende matarme?

Ella hizo retroceder el coche para lanzárselo nuevamente encima, pero Floyd, ágil, esquivó de nuevo. Un instante después, saltaba sobre el vehículo y, alargando la mano, quitaba las llaves de contacto, que arrojó a gran distancia.

El jeep se detuvo. Floyd agarró en peso a la joven y la hizo caer sentada sobre la hierba. Saltó al suelo, se agachó, metió las manos, hizo fuerza y el vehículo volcó con gran estrépito. Recostada en el suelo, con las piernas abiertas y apoyándose en los codos, Sandy le miró con infinito asombro.

—Quizá eso le sirva para reprimir en lo sucesivo sus impulsos asesinos —dijo Floyd tranquilamente.

Instantes después llegaba junto a la valla. El caballo negro pasó unos segundos más tarde como una exhalación. El hombre que

estaba allí fijó el tiempo en su cronómetro.

—Ese penco perderá —dijo Floyd, a la vez que se ponía un cigarrillo en los labios—. Conozco una yegua preñada, que va a correr en el Derby. Se detendrá para parir y todavía le quedará tiempo suficiente para batir a ese fósil por dos cuerpos.

Farrar volvió la cabeza un poco.

—¿Ha venido a hacerme una demostración de fuerza física, señor...?

—Floyd, Lee Floyd, y estoy aquí para traerle un mensaje de una conocida suya, Zina Rushmore. Señor Farrar, no me gustan ciertos recibimientos, sobre todo cuando vengo en son de paz.

—Reconozco que Sandy tiene el genio muy vivo, aunque es una secretaria muy competente.

—¿También en la cama?

—No se porta mal. ¿Cuál es el mensaje, señor Floyd?

—Existe una conspiración para asesinarle...

Farrar lanzó una atroz carcajada. Era un hombre bajo, tremendamente fornido, de cara cuadrada y hombros anchísimos, con el rostro de cuadrumano y cejas espesísimas. Pero los ojos indicaban una astucia poco menos que infinita y una falta total de escrúpulos.

—Esa noticia es más vieja que la del hundimiento del Titanic. Hay tanta gente que quiere matarme, que me he visto obligado a repartir números, para que guarden su sitio en la cola —dijo tranquilamente.

—Esto no es cosa de broma. La conspiración existe. Yo lo sé muy bien.

—¿Le ha convencido Zina?

—Me ha convencido su muerte. La asesinaron ayer, delante de mis propios ojos.

Farrar movió una mano y gritó:

—¡Ey, Jake, ordena que saquen a «Blue Lance»! Quiero que haga una carrera, para comparar tiempos con «Black Diamond».

—Está bien, señor Farrar —contestó el entrenador, desde unos cien metros de distancia.

Floyd arrugó el entrecejo.

—¿No tiene nada que decirme? —preguntó.

—Enviaré un ramo de flores a la tumba de Zina —contestó el

sujeto fríamente—. Y ahora, por favor, ya ha abusado de mi tiempo y de mi paciencia. A mí no me podría dominar tan fácilmente como a Sandy.

—Zina me dijo que eran siete los conjurados...

De súbito, Farrar disparó su puño derecho, de revés. Floyd atenazó la muñeca con ambas manos y luego golpeó la del sujeto contra el borde de la valla.

Farrar gritó. El joven repitió la operación un par de veces más. Luego soltó a su oponente y lo arrojó contra la valla.

—Le diré una cosa —exclamó furiosamente—. He venido aquí para cumplir con la última voluntad de una persona que no quiso matarle, pese a que tenía poderosos motivos para ello. Ahora ya lo sabe y, añadiré algo más: No me importa en absoluto que le envíen al infierno. ¡Adiós!

Giró sobre sus talones y echó a andar. Sandy le miró, todavía junto al jeep, que unos cuantos individuos trataban de poner de nuevo sobre sus cuatro ruedas.

—No ha sido una entrevista muy apacible —comentó la pelirroja.

—No esperaba que lo fuese —repuso él—. Dígame, ¿no le duele la úlcera de estómago?

—El señor Farrar no tiene úlcera...

—Yo me refería a usted. Estar continuamente al lado de un repugnante individuo como Farrar, tiene que originar a la fuerza úlcera de estómago. Deseo que la operen pronto, señorita Leptin. ¡Buenos días!

Ella se quedó con la boca abierta. Floyd subió al avión, cerró la portezuela y dio el contacto.

La hélice giró de inmediato. Floyd hizo virar el aparato, para corretear hasta la cabecera de la pista, a fin de despegar contra el viento. Al llegar al final, viró de nuevo y avanzó gradualmente la palanca de gas.

El aparato ganó velocidad. De pronto, vio que dos individuos corrían hacia el centro de la pista y se apostaban con los fusiles apoyados en el hombro.

Floyd apretó los labios. Mientras corría, ya con la cola levantada, se dio cuenta de que los tiradores iban a esperar al último momento, cuando levantase el vuelo, para regar de balas el

vientre del avión. En lugar de tirar de la palanca hacia adelante, la atrajo hacia sí. El aparato se mantuvo pegado al suelo.

Los guardas se desconcertaron. Uno de ellos adivinó lo que iba a suceder y se tiró al suelo.

El otro quiso correr lateralmente. La punta del ala derecha lo alcanzó en el hombro, haciéndole dar media docena de volteretas, antes de caer al suelo, convertido en un sangriento pingajo.

Floyd percibió el impacto, pero mantuvo firmes los mandos. Inmediatamente aceleró a fondo, a la vez que adelantaba la palanca. Metió el pie izquierdo y el aparato se elevó rugiendo, a la vez que viraba hacia aquel lado.

Lo último que vio fue la boca abierta, como una enorme O, de Sandy Leptin. Riendo alegremente, dio más gas y ganó altura, a fin de emprender el regreso a casa.

* * *

Salió de la ducha, se secó rápidamente, se dio unas fricciones con agua de colonia y se puso unos pantalones cortos y una camisa, que dejó suelta, abierta por delante. Luego fue al refrigerador y extrajo una lata de cerveza.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Al abrir, Floyd se encontró frente a una hermosa muchacha, de pelo castaño, corto, en melena de paje, vestida con un traje veraniego, amarillo, con estampado de flores en los bordes. El bolso y los zapatos eran a juego.

—Soy Samantha Nelson —se presentó ella.

Floyd abrió la boca.

—¡Demonios!

—No creo tener ese aspecto —sonrió la chica—. ¿Puedo pasar?

—Claro, claro... Dispense el vestuario; acabo de llegar de viaje y no pensaba salir... Me puse cómodo y... ¿Una cerveza, señorita Nelson?

—No, gracias.

Un tanto aturdido, Floyd señaló un diván.

—Siéntese. Haré café...

—No se moleste, por favor. No siento deseos de tomar nada. Estuve llamándole toda la mañana y usted no me contestaba. Por eso he venido a verle.

—Se lo agradezco, señorita; pero ya he dicho que estuve de

viaje. ¿En qué puedo servirla?

—Usted me llamó ayer y me preguntó si conocía a Zina Rushmore. Yo le contesté negativamente.

—Lo recuerdo. ¿Cometí alguna inconveniencia?

—No. ¿Por qué llamó, si se puede saber?

—Se puede. Zina Rushmore fue asesinada ayer por la tarde. Yo estaba a su lado en el momento de su muerte. Lo último que dijo fue «Sam Nelson». Pero eso es todo lo que sé. Entonces, se me ocurrió pensar que ese tal Nelson le interesaría conocer detalles de la conversación que Zina y yo tuvimos antes de que la matasen. ¿Satisfecha de la explicación, señorita Nelson?

—Sí. Lamento haberle dado ayer una respuesta negativa. Cuando mencionó el nombre de Zina Rushmore, yo le dije que nunca lo había oído. Y es verdad, sólo que ese nombre no era el auténtico. La reconocí esta mañana, cuando vi la fotografía en los periódicos. Ella se llamaba, en realidad, Clara Witt. Fuimos muy amigas en tiempos, aunque ella me llevaba media docena de años. Pero hacía ya cuatro o cinco que no sabíamos nada la una de la otra. Yo ni siquiera estaba enterada de que trabajaba en lo que antiguamente se llamaba un «cabaret».

—Sí, ésa era su profesión —convino Floyd—. Pero si hacía tanto tiempo que no se veían, ¿cómo pudo mencionar su nombre unos segundos antes de morir?

—No tengo la menor idea —contestó Samantha—. Pero precisamente por eso mismo he venido a contratarle, para que encuentre al asesino de Zina. O de Clara, como lo prefiera.

Floyd se pellizcó la mandíbula.

—Para estas cosas está la policía —contestó.

Ella abrió su bolso.

—Voy a darle un anticipo de mil dólares, a cuenta de honorarios y gastos —manifestó—. Le dejaré también mi dirección. Hágame saber cuanto averigüe lo más rápidamente que pueda, por favor.

—Pero...

—Si averigua la identidad del asesino, no corra riesgos. Llame a la policía o avíseme a mí directamente.

Ella le entregó la tarjeta de visita. Floyd la leyó y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Es ayudante del fiscal de distrito!

—Asombroso, ¿verdad? —sonrió Samantha. Y antes de dirigirse hacia la puerta, agregó—. Por supuesto, es un encargo privado. La oficina del fiscal actúa por su lado, como puede comprender. Confío en usted, señor Floyd —se despidió finalmente la joven.

CAPÍTULO III

ERA un asunto endiablado, se dijo Floyd, al quedarse solo. Había tenido ya un choque con Farrar y estaba seguro de que el sujeto buscaría la ocasión de desquitarse, tarde o temprano. Pero eso no le preocupaba tanto como el encargo que le había hecho Samantha.

Al volver de Silver Horse, llegó a pensar que toda su intervención en el asesinato había terminado ya. Y no precisamente a causa de la amenaza enviada con la flecha de metal, sino porque estimaba que el caso correspondía enteramente a la policía.

Pero ahora, inesperadamente, una atractiva joven le pedía que investigase el asunto. ¿Por dónde empezar?, se preguntó.

Tardó muy poco en encontrar la solución. A las diez de la noche, penetraba en un local, cuya fachada estaba brillantemente iluminada. En el rótulo, a base de bombillas que se apagaban y encendían, podía leerse el nombre: «Hot Room».

«Sala Caliente», tradujo para sí, haciendo una mueca.

En el escenario, dos hermosas mujeres interpretaban un número lesbiano. Todavía estaban vestidas, pero acabarían sin ropa y en el diván que había al fondo. Floyd caminó hacia la barra y se sentó en un taburete. Una camarera con los pechos desnudos le preguntó qué iba a tomar. Él pidió un whisky doble. Cuando se lo sirvieron, puso dos billetes de diez dólares.

Ella le miró asombrada.

—Guárdate la vuelta —sonrió Floyd—. Supongo que ya sabes lo que le pasó a la pobre Zina Rushmore.

La camarera asintió.

—Debió de ser horrible —comentó—. Aquí la apreciábamos

todos muchísimo.

—Me lo imagino. Oye, creo que tenía un amigo que se llamaba Mike Pendleton. ¿Lo conoces?

—No tengo la menor idea...

—Oí decir que era su más íntimo amigo.

—Zina no tenía amigos. Amigas, puede.

—Ah, era como esas que están en el escenario.

—Oh, no, nada de eso. Simplemente, estaba muy harta de los hombres. Pero si buscas a alguna buena amiga suya, ¿por qué no hablas con Rhoda Rowe?

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Actuará después de esa pareja de viciosas —contestó la camarera despectivamente.

Floyd agitó la mano.

—Gracias, Peggy —sonrió.

—Me llamo Diana —corrigió ella.

Llegó un cliente y la barmaid le dejó. Floyd encendió un cigarrillo.

Rhoda Rowe salió un cuarto de hora más tarde. Era una mujer muy hermosa, de formas exuberantes y abundante pelo negro. Rhoda era cantante y su actuación gustó mucho al público.

* * *

Rhoda entró en su camerino y empezó a soltarse las presillas del largo vestido negro que cubría su cuerpo opulento. Entonces, a través del gran espejo del tocador, divisó al hombre que aguardaba fumando tranquilamente.

—Eh, ¿quién es usted? ¿Quién demonios le ha dado permiso para entrar aquí?

—Soy el hombre que estaba con Zina cuando la mataron.

Rhoda emitió un sonoro resoplido.

—No me diga...

—No tengo por qué ocultarlo, señorita Rowe.

—Estoy muy afectada —declaró la cantante—. Ni siquiera sé cómo he tenido humor para salir a actuar.

—¿Ha sentido mucho la muerte de Zina?

—Mucho. Era mi mejor amiga. —Rhoda empezó a quitarse el vestido, sin preocuparse de su visitante—. Ojalá encuentren pronto al bastardo que le asesinó y le metan en la cárcel para el resto de

sus días.

—Por eso estoy yo aquí —dijo Floyd.

Rhoda se volvió para mirarle, vestida solamente con la ropa interior.

—¿Policía?

—No, privado.

Ella se sentó en una silla y empezó a soltarse las ligas.

—¿Qué podría decirle yo? —murmuró apesadumbradamente.

—Usted y Zina eran grandes amigas. En casos así, siempre se hacen confidencias. Tal vez recuerde algo interesante. ¿No le mencionó ella algún posible riesgo personal?

—No. Yo no sabía siquiera que estuviese en peligro...

—Zina sentía un vivo rencor contra Winston Farrar. ¿Le dijo algo sobre el particular?

—Eso sí lo sé. Farrar se comportó salvajemente con ella. En cierta ocasión, hace ya años, le dio una paliza brutal. Zina fue al hospital con varias costillas y la mandíbula rotas. Farrar tapó el asunto a base de dinero, pero ella ya no volvió a su lado.

—¿Mencionó una posible venganza?

—No, que yo sepa. ¿Acaso se lo dijo a usted?

Rhoda había terminado de quitarse las medias y se puso en pie.

—Algo de eso me contó, en efecto. Y también me habló de otras personas que querían desquitarse de Farrar —dijo Floyd.

—Espere... Ahora que recuerdo... Sí, hace una semana, aproximadamente. Habíamos quedado en salir juntas. Era nuestro día de descanso. Zina no podía excusar su asistencia de ningún modo.

Floyd se animó al oír aquellas palabras.

—¿Sabe, por suerte, dónde se celebró la reunión?

—¡Claro, en su propio apartamento!

El joven sonrió.

—Ya sólo falta el último detalle, Rhoda —dijo.

Mientras, la cantante se había puesto un vestido de calle y le volvió la espalda. Floyd, galante, subió la cremallera.

—¿Cuál es el detalle? —preguntó Rhoda.

—¿Dónde vivía Zina?

Momentos después, Floyd se dispuso a abandonar el camerino. De súbito, notó la mano de Rhoda que se apoyaba en su brazo.

Miró a la cantante. Ella sonrió.

—Aguarde, hombre —dijo—. Quizá le interese saber que tengo una llave del apartamento de Zina.

—¿Debo deducir que quiere venir conmigo?

—Me ha picado la curiosidad. Pero usted se ha olvidado de una cosa importante.

—Dígamelo, por favor.

—Su nombre.

—Lee Floyd —contestó él sonriendo.

Rhoda le estudió penetrantemente.

—Eres feo, pero simpático. Tienes cara de buena persona —dijo al cabo.

—Muchas gracias. Tú eres muy hermosa, Rhoda.

Ella le empujó hacia la puerta.

—Anda, vamos —dijo impaciente—. Ya tengo ganas de ver si encuentras alguna pista que pueda conducirnos al asesino de esa pobre chica.

* * *

Rhoda abrió la puerta, encendió la luz y cruzó el umbral. Floyd observó que el apartamento estaba en perfecto orden.

—Seguramente, la policía ha pasado ya por aquí y lo habrá «peinado» —apuntó la cantante.

—No importa —respondió él—. Quiero echar un vistazo por mi cuenta.

—Encenderé el fuego y haré café mientras trabajas.

Floyd asintió. El apartamento era como otros muchos, amueblado y decorado en serie, aunque con cierto lujo. Revisó la sala y luego fue al dormitorio. En los bolsillos de los distintos trajes y en los bolsos no encontró nada de particular. Pasó al cuarto de baño y salió, con el mismo resultado infructuoso.

Pero había sido un registro rápido. Lo repetiría de nuevo.

Rhoda le llamó desde la cocina.

—¿Vienes o te llevo el café?

—No, iré yo.

Floyd se encaminó hacia la cocina. Ella le entregó una taza llena.

—¿Azúcar? —consultó.

El joven no contestó. Tenía la vista fija en el cristal de una

ventana. La luz, dada la hora, caía en un ángulo especial, que provocaba unos extraños reflejos.

—¿Qué te sucede? —preguntó la cantante, intrigada.

—Espera un momento.

Floyd dejó la taza a un lado. Sacó una agenda y un lápiz, y se acercó a la ventana. Ella, curiosa, le siguió.

—Cielos, hay algo escrito...

—Sí.

Floyd empezó a copiar los seis nombres que, sin duda, habían sido escritos por Zina en el cristal, mediante un lápiz graso e incoloro. Durante el día resultaría muy difícil ver las palabras. Por la noche, la situación cambiaba.

—Son seis nombres de personas —dijo ella, conteniendo el aliento.

—A la reunión asistieron Zina y seis personas más, aunque no tuvo tiempo de decirme sus nombres —explicó Floyd, después de guardar la agenda en el bolsillo—. Bueno, imagino que ella recelaba algún peligro y quiso dejar un mensaje.

—Pero ¿qué objeto tenía la reunión, Lee?

—Sortearon un nombre: el de la persona que debía asesinar a Farrar. Le tocó a Zina.

Rhoda lanzó una exclamación de asombro.

—Fantástico —calificó.

—No podemos dudar de lo que me contó Zina —dijo él gravemente, mientras recobraba la taza de café—. Y por lo que hemos visto, los asistentes fueron tres mujeres y cuatro hombres. ¿Conoces a alguno, Rhoda?

Ella negó con la cabeza.

—No... ¡Espera, sí, ahora caigo! Conozco, aunque no personalmente, a Clay Julius.

—¿Sabes quién es? ¿Qué hace? ¿Dónde vive? ¿Puedes decírmelo?

—No me atropelles, hombre. Déjame pensar... Sí, lo he visto con el gerente del Hot Room. Julius es un tipo distinguido, muy elegante; parece un alto ejecutivo... Pero eso es todo lo que puedo contarte.

—Bueno, al menos, tengo algo para empezar. La guía telefónica me proporcionará su dirección.

—Irás a verle, supongo.

Floyd sacó el as negro.

—Tengo una viva curiosidad por saber qué número le tocó a Julius —contestó.

Por la mañana, pasadas las diez, empuñó el teléfono y marcó un número.

—Oficina del señor Julius —dijo una voz femenina—. ¿Qué desea?

—Me llamo Lee Floyd. Por favor, quiero hablar con su jefe. Pídale una hora, señorita.

—Un momento, por favor, señor Floyd.

El joven esperó pacientemente. A poco, oyó de nuevo la voz de la secretaria.

—Lo siento, señor Floyd; la agenda del señor Julius está completa para todo el día de hoy y el resto de la semana. Llame el lunes...

—Señorita, dígame a su jefe que tengo para él noticias muy interesantes de Clara Witt. Quizá encuentre un hueco de diez minutos para poder recibirme.

Floyd sonrió para sí. Había dado el nombre verdadero de

Zina para comprobar una cosa. No tardó en recibir la respuesta.

—El señor Julius le recibirá a las doce y diez minutos de la mañana, señor Floyd —anunció la secretaria.

—Mil gracias, señorita.

Silbando alegremente, Floyd marcó otro número.

—Tengo noticias para la ayudante del fiscal —dijo.

—Asombroso —exclamó Samantha—. ¿Ha consultado su bola de cristal?

—No. El espíritu de Zina me visitó en sueños.

—No sea macabro. ¿Cuáles son las noticias?

—Dígame, ¿sabe si la policía registró el apartamento de Zina?

—¡Por supuesto! No son unos incapaces, señor Floyd.

—Pero no encontraron nada, ¿verdad?

—Oiga —adivinó ella—, no irá a decirme que usted si encontró algo interesante.

—¿Y si fuera así?

—¿Por qué no lo suelta de una vez? —pidió Samantha, impaciente.

—Está bien. Conozco los nombres de... los siete naipes negros. Perdón, de seis, porque el primero murió anteayer.

—Fantástico. Diga, diga, Lee...

—Sí, se lo diré, pero con una condición: hemos de almorzar juntos. Indíqueme un sitio apropiado, por favor.

—Hay un pequeño restaurante, dos manzanas más abajo del edificio de la fiscalía.

—Perfectamente. Creo que podré estar allí alrededor de la una. Hasta luego, Samantha. Perdón, Sam —dijo Floyd, alegremente.

Y luego se dispuso para ir al encuentro de Clay Julius.

CAPÍTULO IV

LA oficina de Julius estaba decorada con buen gusto: colores pálidos, muebles sencillos, pero caros, un par de sillones de cuero auténtico y algunas estanterías con libros vistosamente encuadernados. Sentado tras su mesa, Julius juntó las yemas de los dedos y apoyó los codos en el reluciente tablero.

—Y bien, señor Floyd, ¿de qué se trata? ¿Qué va a decirme de Clara Witt?

Sentado frente al apuesto individuo, Floyd encendió un cigarrillo antes de empezar a hablar.

—Señor Julius, hace nueve días, el doce del mes que lleva su nombre, siete personas celebraron una reunión en el apartamento de Clara Witt, quien usaba el nombre artístico de Zina Rushmore. Esas siete personas acordaron asesinar a Winston Farrar, pero como sólo una de ellas podía ejecutar el acuerdo, se efectuó una especie de sorteo. Clara, o Zina, como prefieras, resultó agraciada con el número uno. Deseo que me diga los números restantes de dicho sorteo.

—Me ha contado usted una historia muy interesante, pero absolutamente fantástica. La reunión tuvo como objeto celebrar el buen resultado de una empresa comercial en la que habíamos sido socios y que se disolvió una vez cumplidos sus objetivos comerciales, con cierto éxito financiero. No hubo nada más, nadie habló de asesinar a nadie...

Impasible, Floyd sacó del bolsillo un papel y el as de pique que había pertenecido a Zina.

—En este papel hay siete nombres —dijo—. Están el de Zina, el

suyo y el de cinco personas restantes. Por favor, escriba el número de orden a continuación de cada nombre. Ese as de pique que está viendo me lo dio Zina en persona, segundos antes de morir asesinada.

La cara de Julius blanqueó súbitamente.

—Estuvo hablando con ella —murmuró.

—Me lo contó todo.

Julius lanzó una imprecación.

—No se puede confiar en las mujeres...

—Escriba —insistió Floyd.

—Pero ¿qué diablos pretende...?

—A veces suelo tener presentimientos. Ustedes acordaron asesinar a Farrar, pero tengo la sensación de que van a ser víctimas y no verdugos. Después de morir el número uno puede morir el número dos... y así sucesivamente.

—¿Quién le ha dado esta lista? —gruñó Julius.

—Una pregunta inútil —sonrió el joven.

—No entiendo. Zina era la que más odiaba a Farrar...

—¿Y usted?

—Ese individuo estaría muy bien apaleando alquitrán en el infierno.

—¿Le beneficiaría económicamente su muerte?

—En todo caso sería origen de un gasto.

—¿Un gasto? —se desconcertó Floyd.

—¡Sí, una botella de champaña para celebrarlo!

Floyd miró severamente al individuo.

—Señor Julius, en este país hay tribunales que aplican la ley, cosa que no se permite a los particulares. Si tiene alguna queja contra Farrar, acuda a los tribunales...

—¿Cree que conseguiría algo?

—¿Por qué odia usted a Farrar?

—Por cien mil dólares.

—¿Se los robó?

—Así podría definirse, aunque, claro está, quedó muy bien cubierto por la ley, que usted acaba de mencionar. Yo vivo bien, tengo buenos ingresos, pero no puedo permitirme el lujo de perder cien mil dólares. Estuve a punto de quebrar, ¿sabe?

—Eso le enseñará a ser más cauto en los negocios. Por favor,

escriba las cifras a continuación de los nombres.

De mala gana, Julius hizo lo que le indicaban. Luego miró al visitante.

—Como ha podido apreciar, tengo el número tres de la lista, pero yo también me lo he pasado bien y no haré nada contra Farrar —dijo.

—Le felicito por su sensatez —sonrió Floyd, a la vez que se incorporaba.

—Oiga, ¿quién es usted? Porque todavía no me ha dicho...

—No soy policía; sólo soy el hombre que estaba junto a Zina en el momento de su asesinato —se despidió el joven.

* * *

—Entregaré la lista al teniente Kirkland —dijo Samantha, después de leerla—. Es el encargado del caso y te lo agradecerá.

—No vale la pena —sonrió él—. Supongo que eso no impedirá que yo siga husmeando por mi cuenta.

—Mientras no interfieras la labor policial...

Floyd señaló el papel que aún estaba encima de la mesa.

—¿Eso es interferir la labor policial?

Samantha enrojeció ligeramente.

—Bueno, has ayudado... Lo que quise decir es que no te vayas a creer un héroe... Por cierto, ¿cómo encontraste la lista?

—Preguntando. Di con una amiga de Zina y acabamos en su apartamento.

—¡Cochino! —le apostrofó ella sorprendentemente—. Eso no se le dice a una señorita.

—¡Eh, eh, no te precipites, muñeca! Quizá me he explicado mal. Adonde fuimos es al apartamento de Zina, ya que la amiga tenía una llave. La lista estaba escrita en un cristal de la cocina y Zina había empleado un lápiz graso, incoloro, seguramente, de manteca de cacao, de la que se usa cuando los labios están resecaos o agrietados. La luz, al incidir desde cierto punto, hizo brillar la inscripción, yo la copié... y eso es todo.

Terminó su párrafo y miró a la joven atravesadamente.

—Te permito que actúes como ayudante del fiscal, pero no que fiscalices mi vida privada —dijo críticamente.

—Lo siento, no quiero ofenderte. Has hecho una buena labor y le debo estar agradecida.

—De nada.

—Pero con eso ha terminado ya tu tarea. El resto queda para el teniente Kirkland y sus muchachos.

Floyd respingó.

—¿Qué dices?

—El asesino de Zina está entre los componentes de la lista... y Farrar. Nosotros lo encontraremos.

—Está bien.

Floyd sacó un talonario de cheques, escribió algo y se lo entregó a la muchacha.

—Aquí tienes —dijo.

—¿Para qué me das novecientos noventa y nueve dólares con noventa y nueve centavos? —se sorprendió ella.

—Me diste mil dólares. Yo te entrego lo que sobra, una vez percibidos mis honorarios.

—¿Vas a decirme que sólo me cobras un centavo...?

Floyd se puso en pie.

—Y, además, te pagaré el almuerzo. Adiós.

Samantha quiso decir algo. Antes de que pudiera articular la primera palabra, Floyd había abandonado ya el restaurante.

A pesar de todo, no pensaba abandonar el caso. Había estado muy poco tiempo con Zina, pero aquella mujer se le había hecho enormemente simpática, simplemente por su actitud, al perdonar a un sinvergüenza como Farrar. Alguien había asesinado a una encantadora mujer y él encontraría al asesino.

* * *

El hombre que abrió la puerta, en contestación a su llamada, era de mediana estatura, relativamente fornido y tenía el cabello castaño.

Su brazo derecho, sin embargo, se advertía perfectamente sano, aunque Floyd ya suponía que el cabestrillo no había sido una argucia para ocultar en su interior el mortífero lanzadardos.

—¿Qué desea? —preguntó el sujeto.

—Mi nombre es Floyd, Lee Floyd —se presentó el joven—. Yo estaba con Zina Rushmore cuando la asesinaron.

—No conozco a esa mujer...

Sin inmutarse, Floyd sacó el as negro.

—Lo tenía Zina —dijo—. Usted tiene otro, marcado con el

número cuatro, señor Brendan.

Nat Brendan palideció.

—Entre —dijo roncamente.

—Gracias.

Brendan fue a una consola, se sirvió una dosis de whisky y la despachó de un trago.

—¿Es policía? —preguntó.

—Detective privado. Quiero encontrar al asesino de Zina. Por favor, no niegue los hechos. Conozco los datos de la reunión donde se acordó asesinar a Farrar. Bueno, no todos, como puede imaginarse. ¿Qué tenía usted contra Farrar?

—Ese maldito hijo de... Yo era dueño de un buen negocio. Me hizo un préstamo. Cuando venció, me embargó todo. Al día siguiente, cobré una importante cantidad. No quiso esperar veinticuatro horas. A él ¿qué más le daban cincuenta mil dólares?

—Es decir, le arruinó.

—No exactamente, pero yo me encontraba muy a gusto con aquel negocio. Era muy productivo, ¿sabe?

—Me lo imagino. ¿Qué más?

Brendan se encogió de hombros.

—Eso es todo —dijo.

—Todo no —rectificó el joven—. ¿Sigue deseando la muerte de Farrar?

—Créame, no le lloraré.

—Pero si le tocara a usted el turno, ¿lo asesinaría?

Brendan vaciló.

—No lo sé —contestó.

—Supongamos que lo tiene a su merced y usted dispone de una pistola. ¿Apretaría el gatillo?

—Espero no encontrarme en tal situación, señor Floyd.

El joven comprendió que su pregunta tenía una respuesta muy difícil. Brendan celebraría la muerte de Farrar, pero si tenía que hacerlo en persona, podía vacilar.

—Lamento haberle molestado —se disculpó.

—Oiga —exclamó el individuo—. ¿Cómo supo usted que yo... y siete más...?

—Me lo dijo Zina —mintió Floyd parcialmente.

—Ah... Pobre Zina; era una excelente mujer. Farrar la hizo sufrir

muchísimo.

—En la reunión había dos mujeres más. ¿Qué sabe de ellas?

—Pregúnteselo usted mismo, señor Floyd.

—Sí, lo haré. Gracias por todo, señor Brendan.

El joven dio media vuelta. Brendan quedó en el mismo sitio, ocupado en servirse otro trago de whisky.

Floyd llegó a la puerta, la abrió y salió de la casa. Dio unos pasos a lo largo del sendero que cruzaba un pequeño jardín y, de pronto, cuando ya estaba cerca de la valla pintada de blanco, oyó una voz ahogada que pronunciaba su nombre.

Se volvió en redondo. Brendan estaba en el umbral, agarrándose con ambas manos a una de las jambas, en una actitud sumamente extraña.

Alarmado, corrió hacia él. Antes de que pudiera alcanzarlo, vio que sus rodillas empezaban a doblarse. Mientras caía, Brendan giró sobre sí mismo, para quedar finalmente boca arriba, con la cabeza fuera del único peldaño que había antes de la puerta.

Su pie derecho se movía convulsivamente. Los ojos de Floyd contemplaron con morbosa fascinación el minúsculo trocito de metal brillante que asomaba por el centro del pecho de Brendan. El metal era acanalado y así supo que otro naipe negro había dejado de vivir.

CAPÍTULO V

CUANDO llegó a su casa, eran ya las once de la noche. Sorprendido, vio que había luz en las ventanas. Abrió la puerta y se quedó a un lado, con los nervios tensos, dispuestos a defenderse si era atacado.

—Pasa, pasa; no temas —sonó la voz de Samantha.

Floyd cruzó el umbral. Ella estaba en la cocina.

—Ahora te llevaré café —anunció la joven.

Floyd se quitó la chaqueta y buscó tabaco. Samantha apareció a los pocos instantes.

—Hola —dijo—. Un mal trago, ¿eh?

—¿Cómo lo sabes?

—He oído la noticia por radio. Hablé con Kirkland y me contó algo. Supuse luego que vendrías a casa y procuré anticiparme. Eres muy descuidado; no cierras la puerta con llave, Lee.

—No hay cosas de valor aquí —respondió él mientras ponía un terrón de azúcar en la taza que ella acababa de servirle.

—Quizá la dejas sin cerrar para ciertas visitas —dijo Samantha maliciosamente.

—A veces sí, a veces no. Soy soltero, no tengo compromisos, nadie me hará chantaje, Pero no creo que eso te interese mucho. En cambio, a mí sí me gustaría saber una cosa.

Samantha se sentó en el brazo de un sillón, con la taza en una mano y el platillo en la otra y cruzó las piernas.

—A ver, pregunta

—¿Por qué mencionó Zinc tu nombre?

—Seguramente había seguido mi carrera y debía de saber que

trabajo en la oficina del fiscal. Simplemente, quiso que te pusieras en contacto conmigo.

—Una explicación muy aceptable —convino Floyd—. ¿Qué te ha dicho Kirkland?

—Hasta que le avisaron de la muerte de Brendan se había movido mucho interrogando a todos los asistentes a la reunión. Pero no sacó nada en limpio. ¿Y tú?

Floyd hizo un gesto con la cabeza.

—No demasiado —contestó—. Farrar se apoderó una vez de cierto negocio de Brendan. No le arruinó, pero le quitó algo muy productivo.

—Tal vez Brendan no era un hombre de negocios.

—Si era sincero, tenía motivos para odiar a Farrar. Lo que éste le hizo fue legal, pero también una canallada.

—Puntos de vista —comentó Samantha—, Lo que no entiendo es cómo pudo el asesino disparar su dardo, si tú estabas aún a cuatro pasos de la puerta de la casa.

—Yo también lo he pensado mucho y creo haber llegado a una conclusión.

—A ver —dijo ella excitadamente—. Cuenta, soy toda oídos.

—Mientras hablábamos, Brendan estaba junto a una consola con servicio de licores. La consola se halla a la izquierda, según se mira desde la puerta, y al fondo. Casi todo el rato permaneció de costado hacia mí y dando frente a la ventana que hay a un metro de la consola. Esa ventana está en una pared que hace ángulo recto con la puerta.

—Por lo tanto, el asesino quedaba oculto a tus miradas, por la esquina de la casa.

—Exactamente. Casi todos los edificios de aquel barrio son iguales: casas de uno o dos pisos, con un pequeño jardín, setos como divisoria, arbustos, rosales, algunos árboles... Demasiados escondites en una noche oscura, ¿no te parece?

Samantha hizo un gesto de asentimiento.

—Tienes razón convino— Sin embargo, hay algo que me extraña.

—¿De qué se trata, Sam?

—Brendan tenía el número cuatro. Parece lógico que, si hay un asesino que quiere eliminar a los conjurados, siga un orden

determinado... El marcado por el sorteo. ¿No le parece posible, Lee?

—Quizá el asesino tiene poderosas razones para alterar ese orden —contestó él.

—Es posible, en efecto.

Samantha descruzó las piernas y se puso en pie. Dejó la taza a un lado, abrió su bolso y sacó algo que puso en las manos del joven.

—Rómpelo —sonrió.

—¿Qué significa esto? —preguntó Floyd, al ver el cheque firmado a mediodía.

—Sigue adelante.

Hubo un instante de silencio. Luego él dijo:

—Privadamente, claro.

—Me lo he pensado mejor. Tú puedes hacer cosas que a Kirkland le resultarían imposibles.

—Entiendo.

—Si estás en apuros, te echaré una mano.

—Muy amable, Sam.

—Es un caso que me interesa poderosamente, más de lo que te imaginas, Lee.

—¿Por qué?

Con gesto gracioso, Samantha se colgó el bolso del hombro.

—No seas indiscreto —respondió—. Sigue adelante, eso es todo.

—Haré lo que pueda, muñeca.

—Con eso será suficiente. ¡Buenas noches!

—Deséame otra cosa, Sam.

—¿Qué, Lee?

—¡Buena caza!

Samantha sonrió.

—¡Buena caza, Lee!

Al quedarse solo, Floyd se preguntó por qué una ayudante de fiscal tenía tanto interés en que un detective privado investigase un nada fácil caso de homicidio. Pero por más vueltas que le dio al asunto, no consiguió encontrar una respuesta medianamente satisfactoria.

Cansado, se fue a la cama, formándose el propósito de interrogar al día siguiente al naípe número dos. Era una mujer y atendía por el nombre de Rita McNeed.

Cuando salía de su casa, a la mañana siguiente, vio que se le acercaba una persona conocida.

—Esto sí que es una sorpresa —exclamó.

A pesar de sus grandes gafas oscuras, Floyd supo reconocer a Sandy Leptin. La joven llevaba puesto una especie de traje de una sola pieza, de color naranja vivo, que dejaba los hombros y los brazos enteramente al descubierto. Era un atavío espectacular, pero ella podía utilizarlos sin preocupaciones, gracias a una silueta realmente atractiva.

Sandy se paró delante de él y le miró sonriendo.

—El jefe quiere verte —dijo.

—Y ha enviado a una mensajera muy eficiente —sonrió Floyd.

—Más que dos «gorilas» amenazadores —respondió ella.

—¿Qué le pasa a Farrar? ¿Tanto le intereso?

—Lo sabrás cuando te lo diga. Vamos, tengo el coche esperando.

—¿No puedes anticiparme nada, Sandy?

—No.

—Es curioso. Pensé que sabrías algo... Quizá esta noche, en algún momento de relajamiento, él se ha mostrado locuaz...

—Cuando quiere, es tan impenetrable como un muro de cemento.

—Fantástico —comentó él.

—Es de carne y hueso, Lee.

—Yo me refería al coche, mujer.

Sandy sonrió, halagada. El automóvil en que había viajado era un «Rolls» plateado, descapotable.

—Al jefe le gusta que sus subordinados se encuentren cómodos —manifestó, a la vez que se sentaba tras el volante.

—Un tipo muy considerado —observó él—. ¿Puedo hacerte una pregunta, Sandy?

—Claro. No te garantizo la respuesta, pero...

—¿Te gusta el... «empleo»?

Ella tenía la vista fija al frente, atenta al tráfico.

—Es muy descansado y lo honorarios son adecuados —respondió.

—Farrar es hombre de mucho dinero.

—Y generoso.

—¿Qué pasará el día que se canse de ti?

Sandy se encogió de hombros.

—Estoy perfectamente adaptada a la idea. No me llevaré un disgusto, créeme.

—Te lo tomas con mucha filosofía, muchacha.

—Me vendí cara.

—¿Cómo? —respingó él.

—Farrar se encaprichó de mí. Cuando alguien quiere una cosa, debe pagarla. Le hice depositar en un Banco, a mi nombre, cincuenta mil dólares. El salario mensual es de cinco mil. Llevo año y medio con él y espero seguir otro tanto. Mis gastos son mínimos, porque, paga mis facturas de ropas, perfumes y demás. A veces, incluso, me regala alguna joya. Sí, soy cínica, lo admito; pero así es la vida, Lee. No le des más vueltas.

—Total, cuando te «retires», habrás ahorrado unos cien mil dólares.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Más o menos —admitió—. No me hagas reproches, Lee; yo no he inventado este sistema. Simplemente, me adapto a él, eso es todo.

—Eres sincera, cosa que no puedo por menos de elogiar. ¿Tienes algo pensado para el día de tu «retiro»?

—Sí, una librería.

—¿Qué? —gritó el joven.

—Lee, los hombres os aferráis a viejos clichés. Una mujer hermosa debe ser tonta y medio analfabeta, además de derrochadora. Yo soy lo primero, es decir, hermosa. Pero no tengo nada de tonta ni de derrochadora. Ahorro con avaricia cada centavo y, cuando me conoció Farrar, acababa de obtener la licenciatura en Literatura, aparte de que ya había conseguido graduarme como bibliotecaria. En mis circunstancias, una librería es el mejor negocio que puedo montar el día de... «mi retiro».

—Me siento pasmado —confesó Floyd—. No me cabe duda, lo conseguirás, Sandy.

—Para eso he vendido mis encantos —respondió ella fríamente.

Floyd meneó la cabeza. Se reclinó en el respaldo del coche y guardó silencio. Media hora más tarde, el Rolls franqueaba una reja de hierro forjado, custodiada por dos individuos armados, que

saludaron cortésmente a la joven.

Minutos después, entraba en el despacho de Farrar.

* * *

—Siéntese, Floyd —invitó el dueño de la casa—. ¿Qué le apetece? ¿Whisky? ¿Coñac? ¿Un habano?

—En estos momentos, nada, gracias. Sólo quiero escucharle —respondió el joven.

—Yo sí tomaré un traguito —dijo Farrar—. Muchacho, quiero encargarle un pequeño trabajo, por el que le pagaré diez mil dólares, más los gastos.

—No será un asesinato, ¿verdad?

Farrar le miró, sonriendo.

—Encargo esos asuntos a otras personas, discretas y eficaces —repuso cínicamente.

—Una de ellas utiliza un dardo de acero.

—No trabaja para mí, aunque le cueste creerlo, Floyd.

—Me cuesta creerlo, en efecto, pero le otorgo el beneficio de la duda. Y, dígame, ¿en qué consiste ese trabajo?

—Debe ir a Kansas City y entrevistarse con la persona que le indicaré. Bueno, en realidad, se trata de entregarle un paquete. Esa persona le dará otro y usted me lo traerá, eso es todo.

—Y me pagará diez mil dólares.

Farrar abrió el cajón central de su mesa, del que extrajo un sobre y un paquete, envuelto en papel marrón claro y sellado con tiras de papel adhesivo. Parecía un libro, observó Floyd.

—Ahí dentro del sobre, tiene una notita con el nombre y la dirección de la persona que debe recibir ese paquete —indicó Farrar—. Además de su dinero, claro.

—Parece que confía mucho en mí —murmuró el joven.

—Me impresionó notablemente el día que vino a visitarme a mi rancho. Tiene usted una fuerza poco común.

Floyd se pasó la mano por la cabeza.

—Eso es porque todavía no he encontrado una Dalila que me corte el pelo —sonrió.

Examinó el sobre. Sí, había allí cien billetes de a cien dólares sujetos con una goma, que ataba también una tirita alargada de papel, en la que se veían escritas unas cuantas palabras. Reflexionó durante unos momentos, mientras Farrar le contemplaba

expectante, y luego, de súbito, agarró el paquete y rompió la envoltura de papel.

—¡Eh! —gritó Farrar—. ¿Qué está haciendo? Eso no le importa en absoluto...

Floyd continuó su tarea impasible. Sí, había un libro, pero el interior estaba hueco y albergaba unos cuantos paquetes de plástico, llenos de una sustancia blanquecina, de aspecto más que sospechoso.

Farrar lanzó una obscena interjección y dio la vuelta, para quitarle el paquete. Floyd le dejó llegar y luego, súbita y violentamente, alzó el codo y golpeó su mentón, lanzándole contra la mesa. Farrar quedó aturrido momentáneamente, imposibilitado de hacer el menor movimiento.

Ceñudo, Floyd rompió uno de los paquetes, mojó el índice y lo apoyó en el polvo blanquecino, para llevárselo a continuación a la lengua. En silencio, emitió una gruesa interjección.

Estuvo así unos instantes. Luego vertió el polvo sobre la cabeza de Farrar, quien se puso a estornudar casi en el acto, Inflexible, Floyd rasgó los demás paquetes y repitió la operación. Al terminar, la cabeza, la cara y los hombros de Farrar estaban completamente blancos.

El sobre con el dinero quedó encima de la mesa. Farrar farfullaba palabrotas, sin dejar de estornudar. Floyd se encaminó hacia la puerta y la abrió.

Roja como una guinda, Sandy se incorporó en el acto. Floyd la miró divertidamente.

—Es de mala educación escuchar tras las puertas —dijo, con fingida severidad.

Y siguió su camino.

De pronto, oyó una sonora carcajada y se volvió.

Sandy estaba en el umbral, riendo a mandíbula batiente, muerta de risa al contemplar el aspecto tan ridículo que ofrecía Farrar. Sonriendo, Floyd continuó su camino.

CAPÍTULO VI

RITA MCNEED era una dama de unos cuarenta años, más bien bajita y en una continua lucha contra la celulitis, a juzgar por lo que se podía apreciar exteriormente. Al verla, Floyd se preguntó cómo podía respirar con la faja tan apretada que, sin duda, llevaba bajo un vestido de brillante tejido rojo, que parecía ir a explotar en cualquier momento. Pero no dejaba de tener cierto encanto y, sin duda, no le faltarían los pretendientes, supuso.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó ella, después de abrir la puerta.

—Me llamo Lee Floyd y soy investigador privado. Desearía hacerle unas preguntas en relación con las muertes de dos personas, Zina Rushmore y Nat Brendan.

—No he oído mencionar jamás a esas personas —contestó Rita secamente.

Sin inmutarse, Floyd sacó el as negro y lo levantó hasta la altura de los ojos de Rita. Ella palideció de inmediato.

—E..., entre —invitó ahogadamente.

Floyd guardó el naipé. Ella caminó unos pasos y se sentó en un diván de color amarillo rabioso, con las manos sobre el regazo.

—Nunca debiera haber aceptado el trato, pero en aquellos momentos, me sentía furiosa... —murmuró.

—A usted le correspondió el número dos en el sorteo —dijo Floyd—. ¿Se sentía capaz de llevar a cabo lo establecido en el acuerdo que tomaron los siete?

Rita se apartó con la mano un mechón de cabellos.

—No lo sé. Yo..., yo confiaba en que Zina lo hiciera... Se mostró

muy decidida cuando le correspondió el número uno... Luego, supongo, se enfriaría...

—Al parecer, todos tenían motivos contra Farrar. ¿Cuáles son los suyos?

—Hace algunos años, quedé viuda. Mi marido dejó un buen paquete de acciones de una empresa, que me proporcionaban una renta muy saneada. Farrar me hizo una sucia jugada y se quedó con las acciones por una miseria —explicó Rita.

Floyd movió una mano, para indicar la lujosa decoración del apartamento.

—No parece que haya quedado arruinada, señora —comentó.

—No, claro que no —repuso ella—. Tengo intereses en otros sitios, pero a Farrar no le atraen, porque no podría convertirse en el dueño de esas empresas, como sucedió en el caso de las acciones. Aun así, yo viviría mucho mejor si...

—Comprendo —dijo Floyd rápidamente—. Señora McNeed, dígame, ¿de quién partió la idea de congregar a siete personas, para discutir el asesinato de Farrar y acordar su ejecución?

—No lo recuerdo con exactitud... Brendan me llamó unos días antes y mencionó algo respecto a un posible desquite, aunque sin aludir para nada al asesinato. Dijo también que había estado hablando con Walt Crooley y que éste se mostraba de acuerdo... Cuando nos reunimos, ninguno dijo ser el autor de la idea.

Floyd consultó su lista.

—Crooley tiene el número siete —dijo—. Iré a verle.

—Zina y Brendan han muerto. ¿Tiene usted idea de quién ha podido hacerlo?

—Para eso investigo, señora —sonrió el joven.

Y se encaminó hacia la puerta.

—Señor Floyd —llamó Rita.

—Diga, señora —contestó él.

—No sé si hubiera sido capaz de matar a Farrar. Tal vez, en un momento de arrebato... Creo que no podría buscarle y hacerlo a sangre fría.

—No lo dudo en absoluto —sonrió Floyd.

—¡Pero celebraré infinito que alguien envíe al infierno a ese bastardo! —exclamó Rita, en una salvaje explosión de ira.

—Farrar debe de ser un gran pecador —murmuró el joven—.

Buenos días, señora McNeed —se despidió.

* * *

Walt Crooley vivía en el campo, a pocos kilómetros de la ciudad, en un lugar que tenía mucho de granja. Cuando llegó el joven, Crooley salió a recibirle con una escopeta de dos cañones en una mano y una cadena con la que sujetaba a un perro de espantable aspecto en la otra.

El can ladraba furiosamente. Floyd no se inmutó.

—Sobra una de las dos cosas: la escopeta o el perro —dijo.

—Todo es necesario en este mundo —respondió Crooley—. ¿Qué quiere usted?

El joven dio su nombre y expresó sus deseos. Crooley vaciló. Floyd avanzó unos pasos y acarició la cabeza del perro, cuyos ladridos cesaron en el acto.

—Eso está bien, «Titán» —sonrió—. Tu instinto te dice que soy amigo y que no quiero causar daño a tu amo. ¿Puedo entrar, señor Crooley?

—Sí —accedió el sujeto finalmente.

Tenía casi cincuenta años y era cargado de hombros y de rostro ajado y fatigado. En el poco cabello que le quedaba había más hebras blancas que de color castaño oscuro.

—¿Quiere una copa? —invitó, una vez dentro de la casa.

—Mejor cerveza. El día es un poco caluroso.

Crooley asintió. Dejó la escopeta apoyada en la pared y fue a la cocina. Floyd acarició la cabeza del perrazo, cuya cola se movía alegremente.

Observó la casa. Era más bien modesta. Las finanzas de Crooley no parecían marchar demasiado boyantes.

Crooley regresó a poco con una lata, que puso en las manos del joven.

—Usted dirá —invitó secamente.

Floyd le enseñó el as negro.

—Me lo imaginaba —dijo Crooley—. Yo tengo el número siete.

—¿De quién partió la idea de asesinar a Farrar? —preguntó el joven.

—Yo me encontré hace algún tiempo con Brendan y comenté el asunto. Farrar subía como la espuma, mientras que nosotros íbamos hacia abajo. Brendan, a su vez, me dijo que había hablado días

antes con Julius y Birdstone. También estaban muy resentidos con Farrar.

—Pero la idea de la reunión debió partir de alguien, supongo.

—A mí me llamó Cleo Golden. Es otra de las perjudicadas por Farrar —contestó Crooley.

—En concreto, ¿qué le hizo a usted?

Crooley torció el gesto.

—Tenía un buen negocio de apuestas —contestó—. Se lo quedó.

—Y le dejó esta granja...

—Siempre me gustó la vida campestre. Cuando Farrar me hizo aquella jugada, decidí que no valía la pena seguir luchando. Hasta ahora, no he tenido motivos para arrepentirme de mi decisión.

—Pero tiene miedo —observó Floyd.

—Después de las muertes de Zina y de Brendan, ¿quién no lo tiene? —respondió el individuo.

—Es lógico. Señor Crooley, ¿cree usted posible que Farrar se hubiese enterado de la reunión y que, curándose en salud, trate de contraatacar, antes de que sea demasiado tarde para él? Ya sabe, la mejor defensa es un buen ataque...

—¿Por qué no? Farrar es capaz de eso y de otras muchas cosas, de las que usted no tiene la menor idea.

—Pero ello significaría que uno de los siete resultó un traidor y le informó de lo tratado en la reunión.

—Estoy seguro —dijo Crooley.

—En su opinión, ¿quién pudo ser ese traidor?

—No hay más que una persona: Cleo Golden. Fue la amante de Farrar una temporada y aún tenía esperanzas de volver a su lado. Quizá lo hizo para congraciarse con él.

—¿Qué clase de persona es Cleo Golden?

—Una zorra asquerosa. Guapa, pero ruin y rastrera como pocas personas he visto en los días de mi vida. Y creo que ella es la traidora, porque fue la que demostró más vehemencia durante la reunión.

—Sin duda, para encubrir sus verdaderas intenciones.

—Estoy plenamente convencido de ello, señor Floyd.

—Gracias, señor Crooley. Ha sido usted verdaderamente amable. Cuídense mucho.

Crooley asintió. Floyd volvió a acariciar al perro y salió de la

casa. Una vez en el coche, agitó la mano y arrancó rápidamente.

Cruzó la granja, atravesó la valla que marcaba los límites y enfiló el camino que conducía a la carretera. A trescientos metros, había una pendiente que salvaba una loma de escasa altura. Llegó a la cumbre y entonces divisó un coche cruzado en el camino.

El automóvil bloqueaba por completo el paso. A derecha e izquierda, el terreno era lo suficientemente accidentado para no permitirle eludir el encuentro. Dominando la furia que sentía, Floyd detuvo el coche y saltó fuera.

Dos individuos corrieron en el acto hacia él. Floyd los catalogó en el acto: matones profesionales. Pero no llevaban armas a la vista.

—Recibió un mensaje —dijo uno de ellos.

—Y no ha hecho caso de lo que le ordenaban —agregó el otro.

—Por todo lo cual, vamos a repetirle el mensaje, para que lo tenga bien presente en lo sucesivo.

Floyd sonrió, sin perder la calma. Los hampones eran sujetos tremendamente robustos, habituados a romper huesos y machacar rostros. El primero disparó un puño con todas sus fuerzas.

Floyd alargó las manos, asió el brazo del sujeto y lo hizo girar, mediante una rapidísima media vuelta. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, Floyd lo alzó en vilo sobre su cabeza y lo arrojó contra el otro con tremenda potencia.

Los dos sujetos rodaron por el suelo, en confuso montón, profiriendo toda suerte de imprecaciones. El segundo se levantó en el acto, a tiempo de recibir en pleno rostro un venenoso codazo, que le hizo caer de espaldas, lanzando un atroz bramido.

El otro era también muy fuerte y se levantó, pero ya había perdido la iniciativa. Floyd lo agarró por los cabellos y le hizo inclinarse, a la vez que levantaba su rodilla derecha. El matón abrió los brazos, saltó hacia atrás y quedó en el suelo, completamente sin sentido.

Su compañero estaba a gatas, tratando de incorporarse. Floyd le asestó un tremendo puntapié en las posaderas, que le hizo saltar hacia adelante. Aun así, no parecía capaz de rendirse. Floyd tuvo que dejarle ponerse en pie, para asestarle dos tremendos golpes, muy seguidos, en el mentón.

La pelea finalizó un segundo después. Floyd tomó un poco de aire y luego se encaminó al coche de los matones, que puso en

marcha, para lanzarlo a continuación a un pequeño barranco que había cerca del camino.

El paso quedaba libre. Cuando se disponía a regresar a su coche, oyó unos furiosos ladridos en la granja.

Casi en el acto, sonaron vanos estampidos en rápida sucesión. Dos de las detonaciones procedían indudablemente de la escopeta.

Floyd sintió que se le paraba el corazón. Estuvo quieto un instante y luego saltó al coche. Puso en marcha el motor, maniobró enloquecidamente, haciendo saltar chorros de tierra y polvo con las ruedas y arrancó bruscamente hacia la granja.

Cuando salvaba el paso alto de la loma, vio a lo lejos una nube de polvo, que se empequeñecía rápidamente. Ya no le cupo ninguna duda: el asesino viajaba en aquel coche, al que no tenía ninguna posibilidad de alcanzar.

Lleno de sombríos presentimientos, siguió hasta la granja. Un cuadro horripilante se ofreció a sus ojos, apenas cruzó la puerta.

Esta vez, el asesino había empleado una pistola. El pecho de Crooley estaba lleno de sangre.

En el techo se veían las huellas de los dos disparos de la escopeta, un arma que Crooley no había podido usar en beneficio propio. El perro yacía de costado, con la cabeza atravesada por un proyectil.

Floyd divisó señales de pelos chamuscados en el can. La boca del perro estaba abierta. Había sangre en sus caninos.

—Le ha mordido —adivinó.

Y luego, rehaciéndose, buscó el teléfono, para avisar a la policía.

* * *

Cuando llegó a su casa era ya de noche y se sentía no sólo molido, sino desmoralizado. Iba a prepararse una copa, cuando, de pronto, sonó el timbre de la puerta.

Abrió.

Era Sandy Leptin. Los ojos de la pelirroja chispeaban maliciosamente.

—¡Hola! —dijo ella con desenvoltura—. ¿Puedo pasar?

Floyd se apartó silenciosamente. Llenó dos copas y ofreció una a su visitante.

—Seguro que Farrar te envía aquí para husmear —dijo.

—No. He venido por iniciativa propia —declaró Sandy.

—He tenido un día muy movido.

—Me lo figuro. He oído las noticias por la radio.

—Entonces, ¿es preciso que te explique lo sucedido?

—Los hechos, no; pero sí me gustaría conocer tu opinión.

Floyd la miró con curiosidad.

—¿Qué interés tienes en este caso? —preguntó.

—Me interesa mi futuro —respondió Sandy, sorprendentemente.

—¿Tu futuro? No entiendo...

—Es bien fácil, hombre. Aunque Farrar no sea culpable, este asunto hará mucho ruido. Eso le perjudicará inevitablemente.

—Y se arruinará.

Sandy hizo un gesto significativo.

—No me gustaría estar en tu pellejo —respondió.

—Sandy, ¿dónde he oído eso yo de las ratas que abandonan el barco? —preguntó Floyd hirientemente.

—También se dice que «las mujeres y los niños, primero» —contestó ella sin inmutarse—. Fui sincera contigo; estoy con Farrar, para asegurarme el porvenir. Había calculado un año y medio más, pero veo que el plazo se acorta.

—Lo siento por ti, pero no puedo ayudarte.

—No te preocupes; haces lo que es tu obligación. Así es la vida; no le demos más vueltas, Lee. ¿Qué te dijo Crooley antes de morir?

—Se lo he contado a la policía —contestó Floyd significativamente.

—¿Todo?

—¿Esperas que te diga a ti algo que haya podido guardarme reservadamente?

—Tal vez.

Floyd estudió a la joven unos instantes. Ella se había puesto un vestido tremendamente escotado y muy ajustado a su espléndida figura.

—No haremos nada —dijo al cabo.

—¿Por qué? —sonrió Sandy.

—Te has olvidado la manzana.

—Quizá te gustaría que fuese de oro —dijo ella, picada.

—Ni aunque fuese de diamante puro. ¿Me perdonas? Estoy muy fatigado...

—Como quieras. —De pronto, Sandy se echó a reír—. Fue

terriblemente gracioso. Farrar quedó enharinado como un payaso...

—No era harina, sino droga —puntualizó él.

—Te equivocas; sólo la primera bolsita contenía droga. El resto era harina edulcorada.

—De modo que lo sabías, ¿eh?

—Me lo dijo él en persona. Créeme, no sabes cuánto he celebrado que no cayeses en la trampa.

—Pero no se te ocurrió avisarme,

—Algo tenías que poner tú de tu parte, ¿no?

Floyd fue hacia la joven y, agarrándola por un brazo, la empujó hacia la puerta.

—Anda, lárgate —dijo exasperado—. He estado a punto de verme en un lío de los gordos. Antes de aterrizar en Kansas City, la policía habría sido ya avisada de que llegaba un traficante y...

Sorprendentemente, Sandy se echó a reír. Luego, de forma inesperada, se colgó del cuello del joven.

—Soy absolutamente sincera, Lee. Me gustas —exclamó.

Floyd se quedó desconcertado un instante. Antes de que pudiera reaccionar, se oyó una voz femenina en la puerta:

—¿Molesto?

CAPÍTULO VII

SANDY se separó vivamente de Floyd. La recién llegada sonrió comprensivamente.

—Eres un tipo de éxito con las damas, Lee —dijo Rhoda Rowe.

—Hola —saludó él—. Rhoda, te presento a Sandy. Sandy, ella es Rhoda.

Las dos mujeres se estudiaron críticamente. Sandy dijo:

—Demasiado pecho. También tiene barriga. Y sus piernas parecen las de la Mujer Forzuda del circo.

—Si no supiera que Lee no es maricón, diría que eres un hombre —contestó Rhoda sin amilanarse—. Contigo no se acostaría ni Robinson Crusoe, que volviese ahora mismo de su isla desierta.

—Al menos, no le contagiaría un sífilazo.

—Pero le harías sentir horror hacia el sexo para todos los días de su vida, especie de lombriz bípeda.

La discusión se agriaba rápidamente y podía degenerar en algo más que un torneo de fases insultantes. Floyd se puso entre las mujeres.

—Chicas, firmen un armisticio —exclamó— Tú, Sandy, ibas a marcharte cuando vino Rhoda.

—Nada de eso; pensaba quedarme contigo toda la noche —contestó Sandy con gran desparpajo.

—Muy mal debes querer a Lee —comentó Rhoda ácidamente—. Pero de todos modos, si él lo desea no seré yo un obstáculo para los dos. A fin de cuentas, sobre gustos no hay nada escrito.

—¡Rhoda, yo no...! —intentó protestar el joven, pero la cantante le interrumpió rápidamente.

—Escucha, Lee —dijo—. He venido a traerte un mensaje, aunque, como comprenderás, no te lo voy a decir delante de este pingüino con faldas.

—Está bien. —Floyd agarró el brazo de la artista y se la llevó a un rincón de la sala—. Suéltalo ya, Rhoda.

—Cleo Golden quiere verte cuanto antes —dijo ella en voz baja.

—Tenía la intención de hablar con ella, pero he llevado un día muy movido —respondió Floyd.

—Entonces, ¿no irás hoy?

—Lo siento. Estoy verdaderamente cansado.

—Bueno, trataré de comunicarme con ella... Cleo sospecha que tiene su teléfono intervenido.

—Podía haberte dado a ti el recado —gruñó el joven.

—Se lo indiqué, pero no quiso. Procura verla cuanto antes, Lee. Floyd suspiró.

—Mañana —dijo.

—Como quieras.

Rhoda echó a andar hacia la puerta. Al llegar junto a Sandy, soltó una burlona risotada.

—Con que te quedas a pasar la noche aquí —dijo—. ¿Le leerás un libro de cuentos de hadas?

—Le leeré...

—¿Qué le vas a leer? —sonó una voz colérica en aquel instante—. ¿El Kamasutra?

Floyd miró hacia la puerta, reconoció a la recién llegada y se tapó la cara con las manos.

—Oh, no, no... —gimió.

—Vaya —comentó Rhoda sarcásticamente—. Esto parece un prostíbulo, pero en masculino. Lee, hijito, ¿por qué no repartes tickets para que haya orden en la cola?

—¡Sandy no iba a pasar la noche conmigo! —gritó el joven exasperadamente.

Rhoda se volvió hacia Samantha, que permanecía inmóvil en el umbral, con la cara roja y el pecho palpitante a causa de la indignación que la poseía.

—Oye, ¿quién es la prójima? —preguntó—. Está un poco mejor que el pingüino con faldas, pero vaya, tampoco vale gran cosa.

Furiosa, Samantha avanzó hacia la artista con la mano

levantada. Floyd saltó con el tiempo justo para evitar el principio de una pelea a brazo partido.

—¿Se han vuelto locas todas? —bramó—. Aquí no ha sucedido nada de lo que se imaginan ni va a suceder tampoco. Sandy, tú y yo ya hemos hablado de sobra, conque lárgate a tu barco y, si ves que se hunde, salta a un bote salvavidas. Tú, Rhoda, procura contactar con Cleo Golden y dile que iré mañana, a las diez. En cuanto a ti, Sam, te explicaré...

—¡No me explicarás nada! —contestó la joven furiosamente—. Ya he visto demasiado y no soy una niña ingenua.

Esta vez, Floyd no pudo pararle la mano y recibió la bofetada en plena mejilla izquierda. Luego Samantha giró en redondo y se alejó con vivo taconeó.

Rhoda soltó una risita.

—Tiene genio —comentó—. ¿Quién es, Lee?

Floyd iba a contestarle, pero Sandy seguía aún en la puerta y no se fiaba de ella.

—Te lo diré en otro momento.

Alargó las manos y empujó a las dos mujeres fuera de la casa.

—Ahí tenéis un espacio libre para tiraros del pelo sin que nadie os moleste —dijo, a guisa de despedida.

Y cerró de un portazo, para rematar sus palabras. Debería procurar tranquilizarse, se dijo, o no podría pegar ojo en toda la noche.

* * *

Cuando se apeaba del coche, a la mañana siguiente, frente al edificio donde vivía Cleo Golden, se llevó una gran sorpresa.

Samantha, con los ojos tapados por unas gafas de color, esperaba junto a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —la increpó él.

—¿No lo ves? Esperaba tu llegada, Lee.

—Cleo no te llamó a ti.

—Pero me interesa oír sus respuestas.

—No quiero que subas...

—¿He de recordarte mi cargo?

—Ah, vienes oficialmente.

—Si lo prefieres, sí.

Floyd se encogió de hombros.

—Bueno, tanto da —accedió finalmente.

Entraron en la casa. En el ascensor, Samantha dijo:

—Creo que encontraremos muy pronto al asesino, Lee.

—¿Por qué lo dices?

—El perro de Crooley le mordió. Aparte de la sangre, se han encontrado hilachas de su traje entre los dientes.

—Esa no es una pista razonable, a menos que encuentres a un sospechoso. El asesino entretuvo al can con un brazo, el izquierdo, mientras disparaba con la mano derecha.

—Lo que no comprendo es cómo pudo asesinar a Crooley, después de haber sido atacado por el can. Eso tuvo que dar tiempo a Crooley para disparar su escopeta, ¿no crees?

—¿Y si lo mató primero y luego disparó contra el can?

Ella hizo un gesto de duda. Pero no pudo hablar, porque el ascensor se abría en aquel momento.

Floyd caminó con paso rápido hacia una de las puertas del corredor. Samantha le siguió, emparejada con él.

Cleo Golden abrió instantes después. Era una mujer muy hermosa, de pelo intensamente rubio y de unos treinta años, ataviada con un fastuoso peinador color lila, con grandes plumas en el cuello y los hombros.

—Si es usted Lee Floyd, quería verle a solas —dijo secamente.

—Ella es...

—Samantha Nelson, ayudante del fiscal del distrito —exclamó la chica rápidamente—. Y también fui amiga de Zina.

Cleo miró alternativamente a los dos jóvenes y luego se apartó para que pudieran pasar.

—En todo caso, no será una conversación oficial —advirtió.

—Nuestra presencia es puramente privada —contestó Floyd.

—Está bien. Siéntense.

Cleo puso un cigarrillo en una boquilla y lo encendió con un mechero que era un bloque de jade. Luego dijo:

—Yo también tomé parte en la reunión en la que se acordó el asesinato de Farrar.

Fue hacia una consola y sacó algo de un cajón. El naípe con el número cinco voló a las manos del joven.

—Pero luego desistí de la idea —siguió Cleo.

—¿Por qué? —preguntó Samantha.

—Motivos particulares, señorita.

—Yo conozco esos motivos. Usted quiere congraciarse con Farrar —acusó Floyd.

—¿Y qué? ¿Es algo malo tratar de volver con el hombre al que se ama?

—¿Lo haría si fuese pobre?

Cleo hizo una mueca.

—Oiga, le llamé para decirle algo interesante, no para que me reproche mi vida particular —exclamó, irritada.

Samantha extendió una mano.

—Lee, déjala hablar —rogó—. Continué, señorita Golden.

—Golden es el apellido artístico. El auténtico es Wolski. Soy descendiente de polacos.

—Eso no tiene importancia ahora —dijo Floyd— ¿Para qué me ha llamado?

—Conozco al asesino. Quiero que lo detengan antes de que pueda matarme —respondió Cleo.

—¿Cómo se llama? —inquirió Samantha.

—Es el número seis, Edison Birdstone.

—Me gustaría saber en qué se funda para hacer esa acusación —dijo el joven.

—Hace diez años, Farrar le robó la mujer, así, literalmente, como suena. Birdstone no pudo digerir nunca la faena que el otro le hizo.

—¿Un secuestro?

—No. Farrar fue a casa de Birdstone, le apaleó hasta dejarlo sin conocimiento y luego se llevó a su esposa. Pero es preciso añadir que la mujer de Birdstone era muy apocada y él la tenía siempre bajo su pie. Farrar lo sabía y quería poner fin a este estado de cosas. Ella se negaba, por escrúpulos, hasta el día en que Birdstone, loco de celos, la azotó con su cinturón, de una forma salvaje. Claudia Birdstone se decidió entonces y llamó a Farrar.

—Entiendo. Pero todos tenían un motivo u otro para desear la muerte de Farrar, incluso usted misma —dijo Floyd.

—Diez años son muchos para conservar el resentimiento —apuntó Samantha.

—Birdstone se marchó de la ciudad y volvió al cabo de ocho años. Había ganado algún dinero y compró un bar, que le produce

bastante. Ahora bien, como otros muchos, tiene que pagar «protección» a Farrar. Verse obligado a dar dinero al hombre que lo derrotó y humilló no es como para ayudar a olvidar lo que pasó diez años atrás.

—Eso parece muy razonable —convino el joven—. ¿Qué fue de la señora Birdstone?

Cleo se encogió de hombros.

—Oh, Farrar la despidió al cabo de un tiempo. Es muy voluble; se cansa pronto de ver la misma cara a su lado.

—Eso debería ponerle a usted en guardia, para no abrigar esperanzas de que él la llame de nuevo —sonrió Samantha.

—Se cansará de la intelectual que está ahora con él. Volverá a llamarme —afirmó Cleo rotundamente.

—Dejemos esto —indicó el joven—. Usted acusa a Birdstone.

—Sí. Él es el criminal.

Floyd se puso en pie.

—Vámonos, Sam —dijo.

—Escuchen —pidió Cleo— Confío en ustedes. No dirán que les informé...

—Seremos discretos, aunque un día, inevitablemente, cuando se celebre un juicio, tendrá que declarar —dijo Samantha.

—Si el asesino está en el banquillo de los acusados, no tendré el menor inconveniente —respondió la rubia.

CAPÍTULO VIII

FLOYD y Samantha salieron a la calle. Antes de entrar en el coche, ella se volvió hacia el joven.

—¿Qué opinas, Lee?

—No estoy demasiado seguro, pero me parece que Cleo ha querido tendernos una cortina de humo.

—¿Para ocultar al auténtico asesino?

—Es probable.

—Supongamos que eso sea cierto. ¿Qué conseguiría engañándonos?

—Muy sencillo: dinero.

—¿Dinero? No te entiendo, Lee.

—Eres joven todavía e inexperta, a pesar de tu cargo —dijo él—. Si Cleo conoce al auténtico criminal, querrá salvarlo... para hacerle chantaje más adelante, mujer.

—Oh... Ahora sí lo comprendo. Me están entrando tentaciones de enviar al teniente Kirkland para que interrogue a esa furcia...

—No te precipites. Déjame hablar primero con Birdstone.

—¿Vas a verle?

—Ahora mismo. Y, de paso, examinaré su brazo izquierdo.

—Es la huella que le delatará indefectiblemente. Otros rastros pueden ocultarse, pero no una mordedura de perro.

Floyd abrió la portezuela del coche.

—Te dejaré en la puerta de tu oficina —anunció, al arrancar.

—Está bien. Llámame enseguida.

El joven sonrió.

—¿Ya se te ha pasado el disgusto?

Samantha emitió un bufido.

—Parecías un sultán en su harén —contestó.

—Hombre, fue una coincidencia... En mi vida me había pasado una cosa semejante: tres mujeres, queriendo hablar conmigo a la vez...

—Y dos de ellas disputándose tus encantos varoniles.

—Sólo una, pero la había rechazado, aunque no lo creas. Rhoda vino solamente a darme el mensaje de Cleo. Pero Sandy lo tomó en otro sentido y allí es donde se inició el torneo de lindezas, que por poco no acaba en un match de lucha libre.

—Lo que te habrías divertido, tipo cínico.

—¿Aún sigues resentida?

—No. Un poco decepcionada, al principio, pero ya se me ha pasado. ¿Qué me puede importar que vivas tu vida como mejor te parezca?

—Nada, en efecto —convino él—. En cambio, yo me estoy preocupando por ti.

—¿Algún motivo especial?

—Sí, uno. Lo he pensado mucho y he demorado el momento de decírtelo, pero no quiero dejar pasar más tiempo... Samantha, ¿qué interés tienes tú en este caso?

—Zina era mi amiga, recuérdalo.

—No, no... A ti te interesa el asunto por algo más que por el recuerdo de una amistad que había dejado de ser cultivada durante cuatro años. Samantha, ¿qué ocultas? ¿Qué temes?

Ella apretó los labios. Floyd la miró de reojo y la vio palidecer intensamente.

—He dado en el blanco —murmuró—. Pero si no quieres decírmelo, no te forzaré a que hables.

—Lee..., no es nada malo, pero podría perjudicarme en mi carrera...

Floyd captó la nota de agitación que se percibía en las palabras de la joven.

—No te preocupes, todo saldrá bien —dijo persuasivamente.

* * *

El bar de Birdstone estaba casi desierto a aquellas horas de la madrugada. Sólo estaban el dueño y dos clientes. Floyd respingó sorprendido al reconocer a los sujetos.

Ellos también le reconocieron y farfullaron algunas imprecaciones. Birdstone, desde el otro lado del mostrador, levantó la mano izquierda.

—Calma, muchachos —dijo—. Ha venido a verme, Floyd.

—Así es. ¿Me conoce?

—He visto la cara que ponían este par de gahnápiros. Con eso ha sido más que suficiente. Pero venga a mi despacho y hablaremos con más comodidad. Vosotros os ocuparéis de la barra si viene algún cliente.

Los hampones asintieron. Birdstone hizo un gesto con la mano derecha. El brazo izquierdo, observó Floyd, pendía a lo largo del costado.

Birdstone entró en el despacho y destapó una botella.

—No me apetece beber, gracias —dijo el joven.

—Yo voy a tomar un trago. Floyd, siento lo ocurrido ayer...

—No mienta. Al menos, sea sincero —le interrumpió Floyd secamente.

—Me refería a Crooley, hombre.

—Ah. Entonces, lo que lamenta es que sus matones no me diesen una buena paliza.

—Debo admitirlo —respondió Birdstone—. Le diré una cosa, Floyd: no me gusta que meta sus narices donde no debe.

—Eso significa que tiene miedo...

—Mire, lo que pasa es que se trata de un asunto en el que los ajenos al mismo no tienen por qué intervenir; eso es todo.

—Ya. Tiene miedo de que se descubra que es usted el asesino.

—Nada de eso. No he matado a nadie, aunque admito que destaparé una botella de champaña el día en que sepa que Farrar ha muerto. Pero, como dijo aquél, los forasteros estorban.

—De modo que no es el asesino, ¿eh? ¿Qué me dice de las mordeduras del perro en su brazo izquierdo?

Birdstone sonrió enigmáticamente. Estaba en mangas de camisa y se subió la que cubría el brazo izquierdo, dejando a la vista un cuadrado de gasa, sujeto con esparadrapo. Levantó un par de tiras y Floyd pudo ver una mancha muy roja en la piel, parcialmente cubierta con una crema amarillenta.

—Me cayó un poco de café hirviendo —explicó Birdstone—. Mire, mire todo lo que guste. ¿Dónde hay señales de colmillos?

Los ojos del joven se achicaron.

—Usted conoce al asesino —dijo.

—No. Está totalmente equivocado.

—Lo conoce. Y hasta puede que esté de acuerdo con él.

—Maldita sea, le digo que...

—Puede decir todo lo que quiera, Birdstone. Ayer, cuando sus matones se disponían a atacarme, mencionaron un mensaje que yo había recibido. Ellos no tenían por qué saberlo. Y si lo sabían fue porque usted se lo dijo.

Las mejillas de Birdstone se pusieron súbitamente coloradas. De pronto, dio la vuelta a la mesa, abrió el cajón central y sacó un revólver con silenciador.

—No le dejaré salir de aquí, maldito entrometido —exclamó.

Súbitamente, los ojos de Birdstone se dilataron de una forma espantosa. Floyd oyó un ligero chasquido.

Birdstone se puso de puntillas bruscamente. Sus dedos se aflojaron y el revólver cayó sobre la mesa. Giró sobre sus talones y se venció hacia adelante, para acabar caído de bruces sobre el suelo. En su nuca se veía el siniestro brillo de un dardo acanalado que, atravesando el hueso, había alcanzado el cerebro.

CAPÍTULO IX

DESPUÉS de oír el timbre, Floyd abrió la puerta y se encontró frente a Samantha. Ella estaba muy seria, sosteniendo el bolso con ambas manos, por delante de su cuerpo.

—¿Problemas, Sam?

Samantha asintió.

—Sí —contestó lacónicamente.

—Entra. Haremos café.

—Gracias, Lee.

Floyd cerró la puerta y asió el brazo de la muchacha, para conducirla hasta la cocina. Apenas habían vertido el café en las tazas, volvió a sonar el timbre.

—No te muevas de aquí —indicó él.

Samantha asintió. Estaba muy agitada y Floyd quería dejar pasar un tiempo, para darle tiempo a recobrar la serenidad. Atravesó la sala, abrió de nuevo y se llevó una enorme sorpresa.

—Vaya —dijo—. Es usted la última persona a quien esperaba ver en mi casa.

—Preferí no anunciarle mi visita —declaró Farrar—. ¿Le importa que pase?

—La hospitalidad no se niega ni al peor de nuestros enemigos. ¿Le apetece un trago?

—No, gracias. He venido a hablar con usted muy seriamente, Floyd.

El joven hizo un ademán.

—Adelante —invitó

—Confieso que el otro día quería ponerle en un compromiso, a

fin de librarme de usted. Pero resultó demasiado listo y fallé. Espero no fallar ahora...

—Ah, ha encontrado el arma irresistible —dijo Floyd, sonriendo irónicamente.

—Si prefiere denominarlo así, no me opondré. Es más, usted, incluso, no ya a sufrir ningún daño.

—Hable, hable, me estoy muriendo de curiosidad.

—Esto es más serio de lo que usted cree. Abandone el caso o, por lo menos, deje que lo lleve exclusivamente la policía. De lo contrario, alguien va a salir muy perjudicado: una hermosa joven, amiga de usted, según tengo entendido.

Floyd se puso rígido. Empezaba a comprender, en parte, el interés de Samantha por el caso.

—Apostaría algo bueno a que me está hablando de chantaje —contestó.

—Es usted muy listo —sonrió Farrar—. Sí, de eso exactamente le estoy hablando. Como verá, en cierto modo, soy un enemigo leal, porque podría haber actuado sin avisarle.

—Pero es que yo no puedo tomar ninguna decisión sin su consentimiento.

—Dígaselo, no está tan lejos. Pregúntele, por favor, qué hacía cinco años atrás. Si el asunto se divulgase, provocaría un enorme escándalo en la Fiscalía del distrito.

Floyd contuvo los deseos que sentía de machacar la nariz del sujeto con un buen puñetazo.

—Se lo preguntaré, no le quepa la menor duda aseguró—. Pero estoy seguro de que la señorita Nelson es lo suficientemente honesta como para no ceder al chantaje.

—Peor para ella —dijo Farrar heladamente. Se encaminó hacia la puerta—. Me voy, ya lo he dicho todo, excepto que quiero la respuesta para dentro de treinta minutos. Esperaré en mi coche, ahí fuera. Si aceptan mi proposición, usted deberá encender y apagar las luces de la casa tres veces seguidas. Son —consultó el reloj— exactamente las nueve y treinta y siete minutos. El plazo concluye a las diez y siete

La puerta se cerró. Floyd apretó los puños y permaneció unos momentos en la misma posición, conteniendo a duras penas las ganas que sentía de correr detrás del individuo y molerle a golpes.

Pero era fácil presumir que Farrar habría venido muy bien acompañado, por lo que no merecería la pena correr riesgos innecesarios.

La voz de Samantha sonó a sus espaldas:

—Lee, lo he oído todo.

* * *

Para ocultar su nerviosismo, Floyd encendió un cigarrillo. Samantha se acercó a él y se lo quitó de los labios.

—Farrar lo sabía —dijo, después de exhalar la primera bocanada de humo.

—En cambio, yo lo ignoro. Aunque ya empezaba a sospechar algo. Sam, ¿qué hay de indecoroso en tu vida?

—Como persona, absolutamente nada. Como ayudante del fiscal, la cosa varía. Se supone que un fiscal ha de ser persona de conducta intachable, ¿no es así?

—En efecto.

—Farrar quiere quitarme de en medio. Si el asesino no es descubierto, el asunto se irá calmando..., el fuego se consumirá por sí mismo y todo se olvidará. Pero si el asesino es hallado, su imperio puede verse en peligro. Podría decirse que Farrar no tiene relación con este asunto, salvo por el hecho de haber sido la presunta víctima de una conjura. Pero una investigación a fondo, después de la captura del asesino, pondría al descubierto muchos de sus trapos sucios.

—Sí, algo de eso me he imaginado —convino Floyd.

—El asesino lo sabe y por eso continúa golpeando. Su intención es hacer pasar a Farrar por culpable. Nosotros sabemos que no es así, pero si se divulgan más detalles, la opinión pública empezará a acusarle a él.

—Un plan diabólicamente astuto. Sin embargo, aún no me has dicho cuál es el pasaje indecoroso de tu vida, Sam.

Ella le miró fijamente.

—Hace cinco años, yo andaba a la mitad de la carrera. Mis perspectivas económicas no eran demasiado buenas y Zina me dio trabajo en el local en que ella actuaba. Estaba bien pagado y... Pero duró sólo un par de semanas; conseguí la beca que había llegado a pensar no me concederían...

—¿Qué clase de trabajo, Sam?

—Camarera.

—¿Top-less? Es decir, desnuda de la cintura para arriba.

El rostro de la joven era grana pura.

—Sí —contestó con voz que apenas se podía oír.

—Vaya, vaya...

—No me lo reproches. —Samantha golpeó el pie con el tacón—.

Todo el mundo comete errores...

—Eso es muy cierto. Sin embargo, me pregunto qué dirá tu jefe cuando lo sepa.

—No dirá nada, lo sabe ya. Es un hombre muy comprensivo. Además, yo usaba entonces otro nombre. Llevaba peluca, muy frondosa, rubio platino, mucho maquillaje...

—Pero Farrar ha sabido reconocerte. Y una cosa es que el fiscal sea un hombre comprensivo y otra que el asunto se haga público.

Ella le miró fijamente.

—Lee, pase lo que pase, no estoy dispuesta a ceder. He tenido algunos éxitos como ayudante de fiscal. La gente comprendería mi situación, si la cosa se hiciese pública...

—Unos sí y otros no. Yo, personalmente, no vería otra salida que la dimisión. Pero has tomado una decisión y te apoyaré hasta el final.

Samantha sonrió.

—Gracias, Lee, no esperaba menos de ti.

—Soy sensible a los encantos femeninos. Trato de imaginarme como cliente del Hot Room, sentado a una mesa y servido por una encantadora camarera, que viste solamente unas braguitas...

Ella le pegó una bofetada, aunque no demasiado fuerte.

—Contén tu imaginación, obsceno sujeto —le apostrofó—. Bien, ¿tomamos el café?

—Sí, ese cerdo nos ha interrumpido y de una forma nada agradable —contestó el joven.

A las diez y siete minutos, fue a una de las ventanas, la abrió de par en par y gritó a pleno pulmón:

—¡Farrar, no!

Un coche arrancó raudamente a los pocos segundos. Sonriendo, Floyd se volvió hacia la joven.

—Acabas de pasar el Rubicón, Julio César con faldas —dijo.

Samantha encendió un cigarrillo.

—Mañana hablaré con mi jefe y se lo contaré todo. No puedo actuar de espaldas tuyas —declaró.

—Harás muy bien. En cargos como el tuyo, la sinceridad y la transparencia son condiciones indispensables. Y seguiremos buscando al asesino.

—Hay una pista: la mordedura del perro.

—Lo sé. Hablé con Birdstone y le vi el brazo izquierdo lesionado. Pero cuando le expresé mis sospechas, me enseñó una quemadura. Él no fue.

—Sobre todo, si se piensa que ha sido asesinado.

Floyd se estremeció.

—Yo estaba delante. Fue horrible. El dardo le penetró por la nuca, perforando el hueso. Murió instantáneamente, como un toro apuntillado.

Samantha sintió un escalofrío.

—¿Quién ha inventado un arma tan horripilante? —murmuró.

—Con Crooley, sin embargo, usó una pistola. Sam, ¿sabes que se me está ocurriendo una idea?

—Dime, Lee.

—El asesino comete esos crímenes, porque sus víctimas sabían algo de él, algo terriblemente comprometedor, y trata de evitar que hablen, cerrándoles la boca para siempre. Aparte de comprometer a Farrar, como ya hemos discutido.

—Sí, es posible. Pero ¿qué es eso tan grave para él?

—No lo sé. Tendría que hablar nuevamente con los tres supervivientes. Conviene estudiar sus reacciones, formular las mismas preguntas, escuchar sus respuestas, que pueden ser idénticas o diferir un poco de las anteriores... Todo eso puede darnos nuevas pistas que nos permitan llegar a conclusiones...

Floyd se calló de pronto. Estaba frente a la muchacha y acababa de darse cuenta de que ella estaba muy quieta, inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Samantha veía algo nada agradable, dedujo de inmediato. Al volverse en redondo, divisó a tres individuos que habían entrado silenciosamente en la casa, con toda seguridad, usando la puerta posterior.

Dos de los sujetos estaban armados con sendas pistolas y

parecían dispuestos a utilizarlas en cualquier momento. El tercero sonreía de un modo especial.

—Por favor, no hagan ruido, no griten, sería peor para ustedes —dijo.

Floyd se esforzó por recobrar la serenidad.

—¿Qué es lo que quieren de nosotros? —preguntó.

—Lo sabrán muy pronto.

El desconocido avanzó hacia Samantha. Uno de los pistoleros se acercó rápidamente al joven y le puso una pistola en la sien.

—No se mueva —gruñó.

Impotente, Floyd vio al que parecía jefe tapar la boca de la joven con una ancha cinta de esparadrapo. Luego sufrió la misma suerte.

—De esta forma, evito la tentación de un grito inoportuno —explicó el sujeto—. Caminen, por favor.

La otra pistola se apoyaba en la cabeza de Samantha. El jefe volvió a hablar.

—Conocemos su fortaleza, señor Floyd. Por tanto, le ruego no intente nada. Créame, ella sería la primera en sufrir las consecuencias de una posible imprudencia.

—Está bien, pero, al menos, ¿puedo saber adónde nos llevan?

—En su momento —fue la respuesta que recibió.

Salieron por la puerta posterior. Un poco más adelante,

Floyd divisó una furgoneta, cuyo compartimento de carga estaba abierto.

Los pistoleros les obligaron a penetrar en el vehículo. Uno de ellos encendió la luz del techo. El otro sacó unos trozos de cuerda con los que, en pocos momentos, ató las manos de los prisioneros. Finalmente, les hizo tenderse en el suelo y golpeó la cabina con los nudillos.

La furgoneta arrancó de inmediato, encaminándose a un destino incierto para la pareja. Pero Floyd tenía la seguridad de que partían para un viaje sin retorno.

* * *

La espera se hizo tediosamente larga. Después de viajar durante una hora aproximadamente, la furgoneta se había detenido en un lugar desconocido. Floyd había esperado que les hicieran bajar del vehículo, pero no sucedió así. Los dos pistoleros, sentados en sendos

bancos, charlaban en voz baja entre sí, fumando en ocasiones.

Las horas pasaron con agónica lentitud. Floyd llegó incluso a dormirse unos minutos. Una vez intentó romper las ligaduras que sujetaban sus muñecas, pero comprobó muy pronto que se las habían atado con una docena de vueltas de cuerda. No había nada que hacer, admitió, finalmente resignado.

Al cabo, creyó entrever cierta claridad a través de la ventanilla que comunicaba con la cabina. No tardó mucho en oír un ruido que le resultó harto conocido.

Casi en el acto, se abrieron las puertas traseras. El jefe ordenó:

—Vamos, sáquenlos.

—Arriba —dijo uno de los pistoleros.

Floyd y la muchacha fueron ayudados a incorporarse. Al salir del vehículo, todavía entre dos luces, vieron con asombro que se hallaban en un aeródromo donde había aprendido a pilotar. Pero ahora se hallaban en uno de sus extremos, a poca distancia de un esbelto bimotor que ya calentaba sus motores.

La distancia hasta los edificios era grande, aparte de que la furgoneta tapaba la vista casi por completo. Floyd y la muchacha fueron empujados hasta el aparato, a cuya cabina treparon sin pérdida de tiempo.

El piloto aguardaba junto a la puerta. El jefe de los secuestradores agitó una mano.

—Dan, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo.

—Descuide, señor Millburn.

Floyd retuvo el segundo nombre en la memoria; podía serle útil más adelante. Segundos más tarde, le hicieron sentarse en uno de los asientos. Uno de los pistoleros le ató los pies. Samantha corrió la misma suerte segundos más tarde. Pero, con gran alivio por su parte, les quitaron el esparadrapo que les impedía hablar.

—Ahora podrán conversar cuanto deseen —dijo Millburn, sonriendo irónicamente—. ¡Buen viaje!

—¿Adónde? —preguntó el joven con rapidez.

—Ya se lo dirá el piloto —contestó Millburn.

La portezuela se cerró. Segundos después, el avión empezó a moverse a lo largo de la pista de despegue.

CAPÍTULO X

EL bimotor cobró velocidad y se elevó suavemente. El ronroneo de los motores penetraba monótono en la cabina. Una vez más, Floyd intentó romper sus ligaduras, pero eran demasiado fuertes y abandonó sus esfuerzos.

—Lee, ¿adónde nos llevan? —preguntó ella angustiosamente.

—No lo sé. Tal vez nos lo diga el, piloto más tarde...

—Tengo miedo —confesó Samantha.

Miró por la ventanilla de la izquierda. El suelo se alejaba gradualmente. Parecía evidente que el piloto no quería realizar ninguna maniobra que pudiera resultar sospechosa a la gente de abajo.

Al ganar altura, el sol penetró casi por la proa del avión, a la izquierda. Floyd supo así que volaban al Este, un punto al Sur. Aquél no era el rumbo que debían seguir para llegar al rancho de Farrar, lugar al que había sospechado en un principio que podían ser enviados.

Pero lo que más le intrigaba era que estaban viajando solos, con el piloto, sin que les acompañasen los pistoleros para vigilar sus movimientos. Una sensación de inseguridad en su futuro se apoderó inmediatamente de su ánimo.

Sin embargo, no quiso comunicar sus temores a la muchacha, para no impresionarla ya más de lo que estaba. El avión, observó, continuaba ganando altura. Ya estaban a unos mil doscientos metros, calculó, y el ascenso no se interrumpía, si bien se realizaba con un ángulo muy poco pronunciado.

De pronto, Samantha se volvió hacia él.

—Lee, tengo una idea.

—Espero que sea buena —dijo Floyd.

—Y yo espero haber seguido conservando mi vieja elasticidad. ¿Sabes?, de pequeña jugábamos a atarnos las manos a la espalda. Luego nos encogíamos, para pasar los pies y que las manos quedasen delante. Entonces, nos soltábamos, mordiendo las cuerdas... Era un juego, Lee.

—Los músculos infantiles no son los mismos que los de un adulto. Además, has llevado una vida muy sedentaria en los últimos tiempos.

—Sólo hasta cierto punto. He jugado mucho al tenis, nado bastante... Hombre, no diré que pueda ir a los Juegos Olímpicos o competir por la Copa Davis, pero aún conservo parte de mi buena forma.

—Muy bien, si lo consigues...

—Voy a intentarlo ahora mismo. Procuraré soltarme primero; luego te soltaré a ti.

Floyd lanzó la vista hacia la puerta que cerraba el paso a la cabina. Posiblemente, el piloto iría armado, pero confiaba en el efecto de la sorpresa. Un golpe en el cuello, con el canto de la mano, y el avión sería suyo.

Samantha se levantó, para pasar al pasillo, en donde podría realizar la operación mencionada. En el mismo instante, Floyd observó que el avión se nivelaba.

—Espera —dijo.

Ella volvió a sentarse. Momentos después, apareció el piloto.

—Hola —saludó jovialmente.

Cruzó el aparato y se encaminó hacia el lavabo situado hacia la cola. Samantha se extrañó de la maniobra.

—¿Por qué ha dejado los mandos?

—Seguramente, ahora volamos con el piloto automático —respondió Floyd.

El piloto reapareció minutos más tarde. Floyd, aterrado, observó que se había puesto un paracaídas.

—Hola —dijo el sujeto nuevamente.

Fue a la cabina, estuvo allí unos segundos y luego volvió a hacerse visible.

—El avión picará dentro de pocos minutos. Probablemente, se

incendiará cuando llegue al suelo. El fuego quemará las cuerdas que les sujetan —explicó con morbosos cinismo—. Adiós.

Abrió la portezuela lateral y se lanzó al espacio.

* * *

El avión dio un súbito bandazo. Samantha lanzó un grito de terror.

—¡Aprisa! —ordenó Floyd—. Haz lo que dijiste antes. Estamos a unos tres mil metros y disponemos sólo de unos pocos minutos. Mantén la serenidad, por lo que más quieras.

Ella saltó al pasillo y se sentó en el suelo. Floyd hizo un esfuerzo sobrehumano. En aquel momento, recordó la navajita que llevaba en uno de los bolsillos, pero que le resultaba tan inalcanzable como si estuviese en la Luna.

Tomó aliento. Las ligaduras de los pies, más débiles que las de sus muñecas, saltaron con ese chasquido.

—¡Voy a la cabina! —gritó.

Al menos, aun con las manos a la espalda, podía caminar. Se inclinó, agarró el tirador con los dientes y abrió la puerta.

Luego se sentó en el puesto del piloto y ajustó el rumbo con los pies. Pero no podía alcanzar con las manos la barra del timón de profundidad. El avión picaba ya y la tierra se hallaba a menos de dos mil metros.

Los dos motores rugían sincrónicamente. Desesperado, Floyd alargó el mentón y trató de tirar hacia sí de la palanca. Pero se le escapó y ello le hizo emitir un terrible grito de furia.

Samantha apareció de pronto.

—¡Lee! Aún no he podido...

Floyd se incorporó.

—En mi bolsillo derecho. Rásgalo —ordenó—. Hay una navajita.

Con las dos manos, todavía juntas, Samantha hizo lo que le indicaban. A los pocos segundos, tenía la navaja entre los sus dedos.

Usó los dientes para abrirla. Mientras, Floyd había puesto los pies nuevamente en los pedales. Sin embargo, lo único que conseguía era mantener al avión en una trayectoria recta, que acababa indefectiblemente en el suelo.

La navaja empezó a morder las ligaduras. Una vez se le escapó a la muchacha y lanzó un sollozo. Pero se recuperó en el acto y continuó su labor.

Soltaron varias vueltas de cuerda. Floyd tensó sus músculos. Una vena latió en su frente. De pronto, se oyó un chasquido.

Samantha, desfallecida, cayó al suelo. Floyd empuñó la barra y tiró con fuerza hacia su pecho.

El bimotor tembló violentamente, sometida su estructura a un tremendo esfuerzo. Por un momento, Floyd llegó a creer que los mandos ya no respondían, debido a la enorme velocidad alcanzada. Pero, poco a poco, el morro se fue enderezando.

Mantuvo el timón firmemente. Unos segundos más tarde, el avión se nivelaba. Pasó como un meteoro, a menos de diez metros del suelo, rugiendo atronadoramente encima de una zona completamente desierta.

Floyd cortó gases unos momentos. Luego aceleró y ganó altura. Samantha se había sentado en el suelo y miraba aturdidamente a su alrededor.

—¿Estoy viva? —preguntó débilmente.

—Sí —rio él—. Agradablemente viva, encanto.

Ganó unos cientos de metros y viró en redondo. Samantha se sentó en el asiento contigo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Un paracaídas tarda bastante en llegar al suelo —respondió él—. Y si ha llegado, aún tendremos tiempo de verle. El terreno es muy llano.

—¿Piensas aterrizar?

Floydladeó ligeramente el avión, sin dejar de volar en línea recta. De pronto, vio una mancha brillante en el suelo.

—Ahí está —dijo.

Frunció el ceño. La mancha brillante tenía una forma alargada un tanto extraña. Junto a ella, se divisaba un bulto inmóvil.

—Creo que no será necesario que aterricemos —dijo.

Volvió a ganar altura, viró en redondo y redujo gases al mínimo, para pasar a poca velocidad sobre aquel punto.

—Mira, Samantha. El paracaídas no le funcionó —dijo.

Ella se estremeció.

—Eso es imposible —dijo—. Hoy día, los fallos de los paracaídas son muy escasos...

—Menos cuando se manipula en ellos.

—¿Crees que...? —dijo la muchacha, conteniendo el aliento.

—Seguro, nena.

—Pero... eso es un derroche. Un avión vale muchísimos miles de dólares.

—Te olvidas del seguro. Farrar habría recobrado su importe sin dificultades. Y con el piloto muerto, no habría tenido dificultades con la compañía de seguros.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

—Volver a casita, naturalmente. Le daremos una buena sorpresa a Farrar.

—No quiso correr el riesgo de que el chantaje fracasara, parece —comentó Samantha.

—Estaba más seguro, sabiéndonos muertos, ¿no crees?

—¿Significa eso que conoce al asesino?

—Es probable. Lo único seguro es que nuestra muerte le haría sentirse mucho más aliviado. No sabes cuánto me voy a divertir esta noche, pensando que Farrar está dando vueltas en la cama, sin pegar ojo.

—Haré que le detengan por secuestro y tentativa de asesinato —dijo ella firmemente—. Aunque luego estalle el escándalo.

—Te guardarás muy bien de hacer una cosa semejante —le prohibió Floyd—. Antes de dar un solo paso, quiero localizar a Millburn y tener una conversación con él. Será muy interesante, te lo aseguro.

Volvió la cabeza hacia su derecha y sonrió.

—Hoy sí que se puede decir que hemos vuelto a nacer, ¿verdad? Samantha exhaló un largo suspiro.

—Creo que no volveré a encontrarme en mi vida en otra situación tan apurada —contestó.

* * *

Abrió la puerta con gran cautela y escuchó durante unos momentos. La casa estaba en completo silencio. Dio un paso, cerró a sus espaldas y caminó poco a poco hacia el dormitorio.

Sonrió satisfecho. El piloto había cometido una imprudencia al mencionar el nombre de Millburn. Con este dato, no le había resultado difícil encontrar el domicilio del sujeto que había dirigido la operación.

Millburn dormía apaciblemente, a pesar de la hora. Era lógico, puesto que se había pasado la noche en vela. Floyd se acercó de

puntillas a la cama y tanteó bajo la almohada.

Como suponía, encontró un revólver. Millburn seguía sin advertir nada. Floyd quitó las balas y luego volvió el arma a su sitio.

Retrocedió un paso. Tosió con fuerza.

Millburn se giró en el lecho. Floyd habló con voz cavernosa:

—¡Soy Floyd y vengo desde el otro mundo, para acusarte de mi muerte!

Millburn se sentó en la cama, lanzando un chillido de pavor. Vio al joven y se quedó atónito, incapaz de creer en lo que estaba viendo.

—U..., usted...

—Yo te maldigo desde el otro mundo —contestó el joven divertidamente.

Millburn emitió un grito de rabia. Metió la mano bajo la almohada, sacó el revólver y apretó el gatillo. Floyd cruzó los brazos.

—Como soy un espíritu, las balas me atraviesan sin causarme el menor daño —exclamó con jovial acento.

Loco de ira, Millburn le arrojó el revólver. Floyd lo atrapó al vuelo y lo devolvió, alcanzándole en el pecho. Millburn lanzó un grito de dolor.

Inmediatamente, Floyd se abalanzó contra el sujeto, al que sacó a empellones de la cama. Agarrándolo por los brazos, le hizo girar violentamente sobre sí mismo, para proyectarlo hacia la pared más cercana, contra la que se estrelló con gran impacto.

Millburn, aturdido, rebotó y cayó sentado. Floyd volvió a levantarlo, esta vez, por encima de su cabeza. El sujeto cayó ahora de bruces. Floyd, aún furioso, puso un pie en el centro de su espalda y agarró su frente con ambas manos.

—Vas a contestar a lo que yo te diga o te romperé el espinazo —amenazó.

Millburn palmeó el suelo desesperadamente.

—Basta, por favor... Le diré todo lo que sé...

—Habla —rugió el joven, sin aflojar la presión.

—Me lo ordenó Farrar...

—¿También te ordenó manipular el paracaídas?

—Sí.

—¿Quién es el asesino?

—Eso no lo sé... ¡Se lo juro! Yo no tengo nada que ver con ese asunto... Farrar me llamó y me dio instrucciones...

Floyd comprendió que Millburn decía la verdad. No le sacaría ya gran cosa y, además, nada de lo que había averiguado podía ser utilizado en un juicio.

Pero, al menos, le daría una buena lección. Los minutos de angustia pasados a bordo del avión que se precipitaba al suelo eran difícilmente olvidables.

Quitó el pie y se apartó a un lado.

—Levántese —ordenó.

Millburn se incorporó torpemente. Había sangre en su cara, a consecuencia de los choques sufridos. Floyd le miró fieramente.

—No vuelvas a meterte conmigo en los días de tu vida —dijo—. Y para que recuerdes siempre este consejo...

Disparó el puño derecho. Fue un golpe medido; de haber utilizado su inmensa fuerza física, podía haberlo matado.

La mandíbula de Millburn chasqueó sonoramente. El sujeto se desplomó como un fardo. Iba a pasarse unas cuantas semanas en el hospital, pensó Floyd, no sin cierta morbosa satisfacción.

* * *

El perro ladraba lastimeramente, encerrado en una jaula hecha con malla de alambre. Era evidente que quería salir, para corretear por el jardín, pero, por algún motivo, había sido confinado a aquel angosto espacio, que no mediría más de tres por cuatro metros.

Floyd encendió un cigarrillo y contempló al animal. De pronto, oyó una voz imperativa:

—¡No lo toque! ¡Está en observación!

El joven se volvió. Julius, con el brazo izquierdo en cabestrillo, salió de la casa y se le acercó a grandes zancadas.

—¿Qué le pasa al animal? ¿Está enfermo? —preguntó Floyd.

—No lo creo, pero me mordió hace unos días.

Floyd enarcó las cejas.

—Es raro que un perro ataque a su amo...

—En realidad, no me atacó. Estábamos jugando y apretó las mandíbulas sin querer. No por eso voy a desprenderme de un animal al que aprecio muchísimo —respondió Julius.

—¿No está vacunado?

—Nunca se sabe. El médico me dijo que lo tuviera en observación durante una quincena de días. El veterinario que lo cuida corroboró ese consejo. ¿Quería algo de mí, Floyd?

El joven se rascó detrás de la oreja derecha.

—Bueno, yo sigo con lo mío —sonrió.

—Connigo pierde el tiempo —dijo Julius secamente—. No soy el asesino.

—¿Le he acusado de esos crímenes?

—Sospecha de mí...

—De usted, y de Cleo Golden y de Rita McNeed... Son los tres supervivientes de los siete que acordaron la muerte de Farrar.

Julius lanzó una imprecación, a media voz.

—Se está aprovechando de nosotros —dijo.

—¿Todavía?

—Me refiero a la situación actual. Yo diría que él lo planeó todo, a fin de aparecer como inocente. Está en vísperas de sufrir una investigación fiscal, ¿sabe?

—No, lo ignoraba —contestó Floyd—. Pero esa investigación no tiene nada que ver...

—Tiene mucho que ver. Los agentes del gobierno van a interrogarnos acerca de nuestras relaciones financieras con Farrar. Las declaraciones no serán precisamente favorables. Farrar está arriesgando una condena mínima de diez años. Pero si desaparecen los testigos...; ¿usted me comprende?

—Con meridiana claridad —sonrió el joven—. He tenido tanto gusto en saludarle. Celebraré que su perro no tenga nada.

Regresó a su automóvil, perplejo y desorientado. Las manifestaciones de Julius introducían nuevos factores en el caso. Tal vez tenía razón al acusar a Farrar. Este, muy posiblemente, había sugerido la idea de reunir a siete de sus enemigos, de todos los cuales sabía le guardaban un enorme rencor y que un día podían resultarle peligrosos como testigos en un juicio por defraudación de impuestos. Pero ¿con quién se había entendido para convocar la reunión?

* * *

—¿Quién sugirió la idea por primera vez?

Rita Need vaciló.

—Creo... Sí, fue Cleo Golden —respondió.

—Es decir, Cleo empezó a mencionar la posibilidad de la venganza.

—Sí, señor, así fue.

—¿Sabía usted que Farrar tiene complicaciones con el Fisco?

Rita se echó a reír.

—Señor Floyd, ¿con quién «no» tiene complicaciones ese bastardo? —replicó sarcásticamente.

—Quizá tenga razón —respondió el joven.

—La tengo. Cleo está loca por volver al lado de Farrar. Haría cualquier cosa que éste le pidiese.

—¿Incluso asesinar?

Rita vaciló.

—No lo sé —repuso—. La forma en que se han cometido los asesinatos demuestra mucha astucia. Cleo no es tan lista. Acaso, en un arrebato de furia, dispararía contra alguien, pero no a sangre fría y menos con ese lanzadardos, que requiere mucha puntería. Por lo menos, tranquilidad y sangre fría en el momento de disparar el dardo.

—Eso sí es cierto. De modo que podemos dar a Cleo como autora de la idea.

—Sí, sin duda alguna —confirmó Rita.

—Una última pregunta —dijo Floyd—. Si la llaman a declarar en un juicio por defraudación de impuestos, contra Farrar, ¿qué dirá usted?

Ella sonrió maliciosamente, a la vez que se fritaba el índice y el pulgar.

—Depende del comportamiento de Farrar —contestó desvergonzadamente—. Si quiere seguir libre, tendrá que pagarlo.

—Tenga cuidado —avisó el joven, mientras se dirigía hacia la puerta—. Resulta más barato pagar a un asesino que sobornar a un posible testigo de cargo.

Rita se puso pálida, pero Floyd ya no lo vio, porque había salido del apartamento.

CAPÍTULO XI

—LA cosa está clara —dijo Floyd por la tarde, mientras llenaba la taza de Samantha—. Farrar tiene miedo a la investigación del Fisco.

—Demasiados crímenes para evitar algo que todavía no ha sucedido —opinó la muchacha.

—Con toda esa gente muerta, los conflictos se evitan de una forma absolutamente segura.

—Está bien, admitámoslo. ¿Cómo probarlo?

—Ese es el problema, efectivamente —convino Floyd—. Y la lástima es que Birdstone muriese con tanta oportunidad.

—¿Crees que sabía algo?

—No lo dudes. ¿Por qué, si no, sus esbirros iban a mencionar el mensaje que recibí, atado al dardo? Birdstone no tenía por qué saberlo, a menos que estuviese de acuerdo con el asesino.

—Eso es cierto —dijo Samantha pensativamente—. Aunque, por otra parte, puede que estuviese ignorante de otros detalles del plan.

—¿Qué detalles?

Ella hizo un gesto de impotencia.

—No lo sé. Todo esto me sigue pareciendo sumamente confuso... Yo misma me siento desconcertada... Y estoy viva de milagro.

—¿Qué te ha dicho el fiscal?

Samantha le miró casi llorando.

—Se lo he contado todo y luego le he presentado la dimisión —contestó.

—¿Te la ha aceptado?

—Ha dicho que se lo pensará. A fin de cuentas, no robé, no estoy fichada por la policía... Yo me limitaba a servir a las mesas y jamás acepté las proposiciones de los clientes, por lo que no se me puede acusar de prostitución.

—Espero que el fiscal sepa defenderte, en caso necesario.

—Si ve que su carrera peligra, aceptará la dimisión. Es lógico, Lee; casi todos los fiscales tienen ambiciones políticas y tienen que actuar con honestidad.

—Sí, el viejo refrán... «La mujer del César no sólo tiene que ser honesta, sino parecerlo.» —Floyd suspiró—. Bien, en todo caso, si has de dejar el cargo, aquí me tienes a mí.

—Gracias, Lee —sonrió la muchacha.

De pronto, llamaron a la puerta. Samantha, alarmada, volvió la cabeza.

—No temas —dijo Floyd.

Abrió la puerta. Sandy sonrió desde el umbral.

—¿Molesto?

—Puedes pasar. No interrumpes nada sospechoso.

Sandy entró desenvueltamente.

—Si me descuido, Farrar me rompe la cara —rio—. Menos mal que soy ágil y pude esquivar la bofetada que me tiró. El tío estaba que se subía por las paredes.

—Supongo que conocerás los motivos —dijo Floyd, a la vez que le entregaba una copa.

—Claro. Le llamó uno de los amigos de Millburn. Este tiene la mandíbula rota. Pegas fuerte, Lee.

—Tú tenías que haber estado en el avión. Habrías pasado un miedo espantoso.

—No le deseo a usted un rato como el que pasamos nosotros, señorita —terció Samantha.

Sandy la miró por encima de su vaso.

—De todos modos, quiero que sepan que me alegro de verlos con vida. Hay momentos en que siento náuseas de mí misma, créanme.

—Recobrar la estabilidad del estómago es fácil; basta con que abandones el «empleo»...

—Ahora no puedo —dijo Sandy.

—¿Por qué? —preguntó Samantha.

—El barco sigue a flote... y no quiero que sospeche de mí.

—¿Sospechar de qué? —quiso saber Floyd.

Sandy guardó silencio durante unos segundos. Luego, muy despacio, contestó:

—Farrar cree que les doy informaciones a ustedes.

—Y no es cierto.

—No, no lo era hasta este momento.

Floyd aguzó sus cinco sentidos.

—¿Qué sabe usted? —preguntó Samantha.

—El nombre del asesino.

—¿Habla en serio?

—Sí —confirmó Sandy, muy seria.

—Bueno, ¿por qué no lo sueltas?

—Es Clay Julius.

—¿Julius?

—Lo he dicho bien claro, me parece —respondió Sandy, picada.

Floyd soltó una risita.

—¿A quién tratas de engañar? —dijo.

—Lee, por lo que más quieras...

—He investigado a fondo a Julius. Su coartada es perfecta. No tiene nada que temer.

—Pero ¡no seas estúpido! Registra su casa; encontrarás el lanzadardos...

—Que alguien ha puesto allí deliberadamente.

Sandy pateó el suelo.

—Eres insufrible —dijo—. Usted, señorita Nelson, ¿por qué no me cree? Es ayudante del fiscal, ¿no? Entonces, ¡actúe!

Samantha estaba muy sorprendida, pero, no obstante, decidió seguir el juego al joven.

—Lo siento. He dimitido hoy de mi cargo —declaró. Sandy se quedó con la boca abierta.

—¡No! —dijo.

Samantha le señaló el teléfono.

—Llame a la oficina del fiscal. Cualquiera que le conteste, podrá confirmar mi decisión.

—Pero ¿por qué?

—Eso es cuenta mía, señorita Leptin —dijo Samantha con rigidez—. Lo único cierto es que no puedo hacer nada, porque ya no

desempeño ningún cargo oficial.

—Está bien, si no me creen...

—¿Por qué no vas a la policía? —sugirió Floyd.

Los ojos de Sandy chispearon.

—Allá tú —dijo—. Yo he hecho lo que debía; lo que pueda suceder después, ya no es de mi incumbencia.

Giró sobre sus talones, abrió la puerta y, en el mismo momento, unos nudillos golpearon su nariz.

Un grito de dolor y rabia brotó de sus labios. Rhoda la miró desconcertadamente un momento y luego se echó a reír.

—Hija, sí que has sido oportuna. Abrir, cuando yo me disponía a llamar...

Sandy la apartó de un empujón.

—¡Fuera, déjeme pasar! —dijo descompuestamente.

Rhoda se encogió de hombros.

—¿Qué le has dado a esa chica? —preguntó—. ¿Ha comido pimienta pura?

—No. Se ha enamorado de mí y al verme con Samantha, se ha llevado una enorme decepción —contestó Floyd irónicamente.

—Lee, muchacho, no sé qué les das... Eres como la miel para las moscas...

—¿Parezco yo una mosca? —se picó Samantha.

—Era sólo una comparación —dijo Rhoda—. Le aseguro que no me he enamorado de Lee ni pienso quitárselo.

—Es que yo tampoco estoy enamorada de él.

—Pues no deja de ser una lástima. Lee, ¿qué dices tú?

El joven se llevó las manos al pecho.

—¿Yo? Sólo soy un hombre-objeto, dispuesto siempre a ser utilizado por las mujeres.

—Estamos hablando de cosas sin importancia, cuando hay otras que sí la tienen —dijo Samantha—. Señorita Rowe, ¿podemos saber a qué ha venido usted?

—Claro. Lee, ya sé quién construyó el lanzadardos.

Floyd respingó.

—¿Seguro?

—Seguro. Y no es el primero que construye. Se los hace pagar caros, porque, bien mirado, es una labor de artesanía y debe fabricar los dardos uno a uno. Pero, como nos descuidemos mucho,

me temo que Hutt Maynard va a popularizar ese procedimiento para eliminar a la gente que estorba.

—Ah, se llama Maynard.

—Así es. Vive en la Novena Avenida, tres mil doscientos dos. Tiene una tiendecita de reparación de pequeños electrodomésticos, pero su arte verdadero es la fabricación de lanzadardos, pistolas de un solo cartucho que parecen plumas estilográficas, cigarrillos-cerbatana que disparan flechitas envenenadas o con narcótico, a petición del cliente, silenciadores especiales, al lado de los cuales, los que se usan habitualmente suenan como cañonazos... En fin, lo que quieras, con tal de que lo pagues, Lee —concluyó Rhoda su prolija explicación de las actividades de Maynard.

—Gracias, Rhoda —sonrió el joven—. ¿De dónde has sacado esa valiosa información?

—Me lo ha dicho Cleo. Ella lo sabía desde que era la fulana de Farrar.

—Gracias, encanto.

Rhoda miró sonriendo a la muchacha.

—Vamos, no sea tímida. Lee vale mucho —dijo maliciosamente.

Samantha se puso colorada, pero no respondió. Floyd encendió pensativamente un cigarrillo antes de romper el silencio que se había producido después de la marcha de Rhoda.

—¿Sabes? —dijo—. Creo que voy a echar un vistazo a la tienda de Maynard.

—Iré contigo —exclamó ella impetuosamente.

—No. Prefiero ir solo. Pero te permitiré que avises al teniente Kirkland cuando te llame por teléfono, cosa que haré en el momento en que me disponga a entrar en la tienda de Maynard.

—Puedo llamarle ahora...

—Entonces, él se me anticiparía y no me interesa.

Antes de salir de casa, Floyd fue a la cocina primero y luego al baño. Diez minutos después, dirigió una sonrisa a la chica.

—Conseguiré que el fiscal rechace tu dimisión —aseguró.

* * *

Empujó la puerta de la tienda y penetró en el interior. El dueño estaba hablando en aquel momento con una mujer. Floyd aguardó pacientemente. La mujer explicaba a Maynard sus problemas con una plancha eléctrica. El hombre la escuchó atentamente y luego le

dijo que haría todo lo posible para repararla.

Mientras, Floyd estudiaba furtivamente al dueño de la tienda. Era un sujeto de unos cincuenta años, bajito, delgado y con lentes montados al aire, en cuyo cráneo había ya muy pocos pelos. La mujer se marchó y Maynard miró al joven.

—¿Puedo serle útil en algo, caballero?

Sonriendo, Floyd enseñó un poco el dardo que alguien le había lanzado con un mensaje. Maynard se puso rígido.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Quiero un mecanismo igual, con media docena de dardos, señor Maynard. Pagaré lo que me pida.

El hombrecillo dudó un momento. Luego hizo una señal con la mano.

—Venga, hablaremos mejor en mi despacho.

—Gracias.

Maynard puso el cartelito de «Cerrado» en la puerta de la tienda y luego se encaminó al lugar indicado. Floyd le siguió inmediatamente.

Una vez en el despacho, Maynard cerró la puerta y echó el pestillo. Dio unos cuantos pasos, rodeó su mesa y, de súbito, alargó el brazo derecho.

Se oyó un chasquido. Floyd sintió un golpecito en el pecho. Bajó la vista y vio la mitad de un dardo que asomaba a la altura de su corazón.

Miró a Maynard. El sujeto tenía la boca abierta, estupefacto al ver que su visitante seguía en pie. De pronto, comprendió lo ocurrido.

Un chillido de rabia brotó de sus delgados labios, frenéticamente, abrió un cajón de la mesa y trató de sacar algo, pero Floyd llegó antes de que pudiera empuñar el revólver que tenía allí escondido.

Maynard era como una pluma en sus manos. A Floyd le bastó sujetarle con la izquierda por el cuello. Con la otra se arrancó el dardo y lo puso delante de los ojos del individuo.

—Debajo de la camisa tengo una plancha de espuma y dos bandejitas de acero, de un juego de café —explicó. Y, de pronto, apoyó la punta del dardo en su garganta—. Si aprieto, le perforaré la yugular. Morirá antes de un minuto.

Los ojos de Maynard rodaron en sus órbitas.

—No..., no lo haga...

—A menos que me diga quién le compró el lanzadardos que ha matado ya a tres personas.

—Clay... Julius... —dijo el hombre ahogadamente.

—¿Seguro? ¿No tratará de hacer cargar las culpas a un inocente?

—No... Él me lo pidió... ¡Se lo juro! —gritó Maynard con acento de desesperación.

Floyd lo arrojó sobre un sillón. Luego le remangó la chaqueta y dejó al descubierto el mortífero artefacto, sujeto por unas correas al antebrazo.

—Diríase que esperaba mi visita —observó.

Maynard bajó la cabeza. Era una forma de responder afirmativamente.

—¿Quién le avisó? —preguntó Floyd.

—Una mujer...

El joven sonrió. Soltó las correas y se puso el artefacto en su brazo, después de haber estudiado su funcionamiento. Introdujo un dardo en el tubo, que estaba provisto de un poderoso muelle, y se bajó la manga de la camisa. Luego se puso la chaqueta.

—Señor Maynard, temo que se va a ver en conflictos. La policía está avisada y no tardará en llegar —dijo.

La cara del sujeto se puso lívida.

—Oh, no...

—Usted no fabricaba precisamente galletitas de té —contestó el joven con severidad.

Abrió la puerta del despacho y miró hacia la tienda. Un coche se detenía frente al local.

Sonrió de nuevo.

—Ahí está la policía —se despidió del abatido Maynard.

CAPÍTULO XII

CLAY JULIUS oyó la noticia por la televisión y se quedó helado.

Lee Floyd era entrevistado acerca de los asesinatos cometidos en los últimos días y respondía a las preguntas del periodista. Cuando éste quiso saber si tenía alguna pista, el joven contestó:

—¡Oh, sí, una infalible! La mordedura del perro de Crooley. Resulta que hemos averiguado que Crooley olvidó este año vacunar contra la rabia al perro. Probablemente, no habría sucedido nada, si el animal hubiese vivido en la ciudad, pero estaba en el campo y correteaba libremente por todas partes. Al hacerle la autopsia se ha descubierto que fue mordido por un zorrillo rabioso hace un par de semanas, lo que produjo en él un lógico contagio de tan temible enfermedad. Y puesto que mordió al asesino de Creco Crooley...

—Usted deduce que el asesino buscará inmediatamente un médico que le haga el tratamiento antirrábico —dijo el locutor.

—Exactamente. Muchas gracias, amigo, eso es todo —concluyó Floyd desenvueltamente.

Julius oyó la noticia y creyó que se iba a desmayar.

En aquellos momentos, Floyd estaba en las inmediaciones de la residencia de Farrar, junto con Samantha.

—Es una locura lo que pretendes hacer —dijo ella.

—Es lo apropiado —contestó Floyd, todavía dentro del coche.

—Julius no...

—Julius vendrá aquí. Farrar es el único que puede ayudarle.

—Pero eso le comprometería a él también.

—Tendrá que hacerlo. Julius le amenazará con irse de la lengua, si no le busca un médico que le aplique el tratamiento antirrábico.

—¿Y por qué no lo hace él?

—Porque no conoce ningún médico.

—Lee, Lee... Te aseguro que no entiendo nada de lo que estás diciendo —se impacientó la muchacha.

—Julius sólo conoce a médicos decentes. Cualquiera que le asista, informará de inmediato a la policía.

—Oh, ahora sí...

—¿Qué pasa cuando un hampón recibe un balazo y no conviene que se sepa? Farrar tiene médicos que cierran los ojos por dinero... y lo mismo hará alguno en este caso. Es decir, lo haría si fuese cierto.

Samantha apretó los labios.

—Julius debe estar pasando un miedo espantoso —dijo.

—Figúrate.

—Lee, ¿cómo has conseguido aparecer en la televisión?

—No resultó difícil. Llamé a la emisora, di mi nombre, dije que tenía valiosas informaciones sobre el caso de los naipes negros... y casi antes de colgar el teléfono ya estaba delante de las cámaras.

—Entonces, no conocías a ningún locutor.

—A nadie, encanto.

—Eres listo —dijo ella, admirada.

—Y tú, muy guapa. ¿Sabes?, he averiguado una cosa muy interesante.

—A ver, dime.

—No trabajaste de camarera top-less.

—Oh, Lee, pero eso es cierto. Sí trabajé...

—El dueño es un fresco. Ni te inscribió en la nómina, ni te dio de alta en la Seguridad Social, no anotó tu salario en sus libros... Farrar puede decir lo que quiera, pero le será imposible probarlo. ¿Y qué le pasa al que formula una acusación sin pruebas? Farrar trataba de amedrentarte, simplemente. Sabía que no podría perjudicarte, pero contaba con tu mala conciencia. En los chantajes, sucede muchas veces.

—Es un canalla —dijo Samantha, furiosa.

—¿Ahora te enterarás? —contestó él, irónico.

—Pero... hay algo que no comprendo, Lee. ¿Por qué vino Sandy a decirte que Julius es el asesino?

—Farrar se siente acorralado. Si Julius es detenido, sus

problemas desaparecerán en gran parte. La atención recaerá inevitablemente sobre el hombre que mataba con un lanzadardos.

Floyd se volvió en el asiento y cogió algo del trasero, que enseñó a la muchacha. Samantha lanzó un grito de espanto.

—Es... horrible...

Floyd separó las dos bandejitas que había llevado en su entrevista con Maynard.

—El dardo atravesó el trozo de espuma, la primera bandeja y abolló ligeramente la segunda —dijo—. Tiene una potencia de perforación realmente increíble.

De pronto, antes de que ella pudiera decir nada, se vio llegar a un coche, con las luces encendidas.

—Ahí viene Julius —murmuró el joven.

* * *

—Tiene que ayudarme —dijo Julius desesperadamente—. El perro estaba rabioso. Usted conoce a algún médico discreto, que me aplique el tratamiento, sin avisar a la policía. Pude engañar a Floyd, con el cuento de que mi perro me había mordido..., pero esto es espantoso... Yo le he ayudado a usted...

—Por dinero —contestó Farrar con sequedad.

—¡Por lo que sea! —gritó el otro—. Usted me metió en este jaleo.

—¿Podría demostrarlo?

—¿Y qué importa eso ahora?

—Vamos, Winston, díselo —intervino Sandy, presente en la entrevista—. Esto no es un balazo corriente; Clay podría morir horriblemente...

Farrar lanzó una sonora maldición.

—Debía de estar loco cuando se me ocurrió aquella idea —dijo.

—Tú no podías imaginarte que Zina pudiera llamar al detective —contestó Sandy.

—Por favor, Farrar —rogó Julius.

—Está bien. —Farrar escribió algo en un papel y se lo entregó al sujeto—. Vaya a esta dirección. Dígale que yo le envío. Será suficiente.

—No se moleste, Julius; el perro de Crooley no tenía rabia —sonó de pronto una voz de tono jovial.

Asombrados, los tres ocupantes de la estancia se volvieron hacia

la ventana, donde acababa de aparecer Floyd. El joven saltó el antepecho con notable desenvoltura y puso pie en el suelo del despacho.

—No, no estaba rabioso, pero he grabado lo que se ha dicho en este lugar —añadió.

Julius tenía la cara blanca como la nieve.

—¿E...está seguro?

—Fue idea mía. Llamé a la emisora, dije que tenía noticias sobre el asesino del lanzadardos... y me propusieron inmediatamente una entrevista. Usted me engañó con el cuento de que le había mordido un perro, pero cuando empecé a pensar en el asunto, llegué a la conclusión de que era preciso tenderle una trampa. No había otra mejor que una supuesta infección de rabia en el perro de Crooley.

Floyd avanzó un par de pasos y se sentó en un ángulo de la mesa.

—Sandy, ¿por qué te has prestado a este juego? —preguntó.

La joven se encogió de hombros.

—Ya lo sabes —respondió.

—Podías haber vendido tu cuerpo, y no es bueno, pero hay algo infinitamente peor: vender el alma —dijo Floyd severamente—. Clay, ¿sabe que esa chica me trajo un mensaje de Farrar, delatándole a usted?

—¡No le haga caso! —gritó Farrar—. Está mintiendo...

—Digo la verdad y ellos lo saben. Pero no es la única persona a la que ha utilizado para sus propósitos. También Cleo Golden ha puesto su granito de arena..., por ejemplo, cuando me envió un recado con su amiga Rhoda Rowe, para que fuese a visitar a un tal Maynard, que es el hombre que fabricó el lanzadardos. Maynard me disparó una flecha..., pero yo me había prevenido contra la trampa y su dardo quedó embotado en el «blindaje» que puse delante de mi corazón.

Farrar entornó los ojos.

—Floyd, es usted un mal enemigo —gruñó.

—Lo admito. Usted siempre pensó que yo podía conducirlo a la ruina. Por eso hizo que me secuestrasen, junto con Samantha Nelson, y me embarcasen en un avión, que debía estrellarse contra el suelo. Su ansia de perfección hizo fracasar el plan; si en lugar de cuerdas, que debían quemarse con el aparato, hubiese empleado

esposas de acero, Samantha y yo estaríamos muertos. El piloto sí murió, y no habiendo testigos vivos, ¿quién hubiera podido acusarle a usted?

Se volvió hacia Julius.

—Usted está completamente arruinado, tanto, que no puede siquiera pagar la ropa que lleva puesta. La desesperación le hizo aceptar las proposiciones de Farrar. Cleo Golden sugirió la idea de la reunión, pero también por indicación de Farrar. Cleo quiere volver a su lado y haría cualquier cosa que éste le pidiese. Naturalmente, ella ignoraba el alcance de ese plan.

»Todos pensarían que alguien quería perjudicar a Farrar, acusándole de unos crímenes que no había cometido. Sus propósitos, sin embargo, eran muy otros —continuó el joven—. Aparentemente, esos crímenes podían causarle graves perjuicios, aunque se descubriese que no era el asesino. Farrar no podía emplear a alguno de sus hombres de confianza, para que no lo relacionasen con los asesinatos. Tenía que hacerlo alguien sobre el que no recayesen sospechas, aunque se le considerase sospechoso desde el principio, valga la paradoja. Pero es que, una vez conocida la reunión y el asunto que la motivó, todos los asistentes eran sospechosos. Lógicamente, sólo uno podía ser el asesino.

»Farrar también le indicó el nombre de Maynard, para que le construyese un lanzadardos. Un arma nueva, que podía dar un toque de misterio al caso, muy conveniente para aumentar la intriga y desviar la atención de la gente. Naturalmente, todo el mundo esperaba que si el asesino era uno de los hombres de Farrar, usaría la pistola, con silenciador, a ser posible. El lanzadardos invalidaba esta suposición; Farrar no podía ser tan refinado. Y precisamente porque nadie lo iba a creer, fue por lo que le sugirió a usted una visita a Maynard.

—¿Puede demostrarlo? —preguntó Julius orgullosamente.

—Claro. Maynard ha sido detenido y, a estas horas, habrá «cantado».

Julius abrió la boca, estupefacto. No podía hablar.

—Pregúntele a Farrar —prosiguió Floyd—. Yo mismo se lo acabo de decir. Farrar empleó a Cleo una vez más, para enviarme a Maynard y que éste me matase.

—Eso no se entiende muy bien —dijo Sandy pensativamente—.

Si realmente tenía esas intenciones, ¿por qué me hizo ir a tu casa?

—Porque sabía que Samantha estaría conmigo o, por lo menos, yo se lo comunicaría por teléfono. Deshaciéndose de mí, y aunque Julius le acusara posteriormente, los cargos quedarían rechazados con facilidad, al no poder probarlos, una vez hubiese muerto yo. Y Julius, que tenía motivos de resentimiento contra Farrar, hubiese cargado con todas las culpas.

—De modo que eso era lo que había planeado este bastardo —dijo Julius a media voz.

—No lo dude. Usted sería el chivo expiatorio... y a Farrar, ahora, nadie podría acusarle en un juicio por fraude fiscal, porque, precisamente, las tres primeras víctimas son los que realmente podían perjudicarlo. Las declaraciones de los cuatro restantes, incluyéndole a usted, Julius, no le habrían supuesto perjuicios de consideración. Eran Zina, Brendan y Crooley los que realmente podían enviarlo a la cárcel. En cuanto a Birdstone, usted mismo le convenció para que le ayudara, con sus dos matones; pero cuando supo que Birdstone podía flaquear, lo asesinó.

Floyd soltó una risita.

—Y todo a beneficio de Farrar —añadió, con sangrienta ironía.

Hubo un momento de silencio. En el rostro de Julius apareció una mueca de odio infinito.

—Llegaste a convencerme de que me habías arruinado involuntariamente —dijo, dirigiéndose a Farrar—. Ahora me doy cuenta de que he sido un juguete en tus manos. Está bien, voy a pagar por cuatro asesinatos..., pero no me aumentarán la condena por uno más.

Sacó un revólver y empezó a disparar contra Farrar.

Sandy chilló desprovista y echó a correr. Farrar puso las manos delante de su rostro, como si quisiera detener las balas. Un proyectil atravesó la palma de su mano izquierda y se hundió en su pómulo.

Entonces, Floyd disparó el lanzadardos.

Julius lanzó un alarido al sentir el dolor que le causaba el dardo, hundido casi por completo en su hombro derecho. Soltó el revólver y se llevó la mano izquierda al extremo del dardo que asomaba por fuera. Sus rodillas le flaquearon de pronto y las apoyó en el suelo, mientras sollozaba amargamente.

Farrar estaba en su sillón, ladeado hacia la derecha, con la

cabeza colgando ya inmóvil. La sangre manaba de sus heridas y caía al suelo en grandes goterones.

Se oyó ruido en la puerta. Varios policías entraron, dos de ellos sujetaron a Sandy. Samantha y el teniente Kirkland hicieron su aparición a la carrera.

—¡Lee! —gritó la chica—. ¿Estás bien?

El joven sonrió.

—Perfectamente, cariño —contestó.

* * *

Iban paseando por el parque. Hacía un día radiante y el sol brillaba en un cielo sin nubes.

—Cleo saldrá relativamente bien librada —dijo Samantha—. Lo mismo que Sandy. Mi jefe ha hecho un arreglo con ellas, para que colaboren como testigos de cargo. Maynard y, lógicamente Julius, lo tienen mucho peor.

—Era de esperar —contestó Floyd—. Entonces, tu jefe ha rechazado la dimisión que le ofreciste.

—Sí. Continuaré en Fiscalía. Es decir, si no te opones.

—¿Por qué iba a oponerme, encanto?

—Había pensado en... Yo abogado y tú detective, haríamos una buena pareja, ¿no te parece? Tendríamos mucha clientela...

—Sam, sigue tu carrera —aconsejó él—. En cambio, yo dejo la mía.

—¡No me digas! —se asombró la muchacha—. ¿Qué piensas hacer?

—Me han ofrecido un buen empleo, como profesor de gimnasia y cultura física. Tengo el título, ¿sabes?

—¡Sorpriente!

—Hace unos cuantos años, un tipo me estafó con unas acciones, que resultaron ser papeles sin valor. Se me ocurrió investigar sus actividades, conseguí enviarle a la cárcel... y entonces, atraído por la novedad, adopté esta profesión. Pero, en el fondo, lo que a mí me gusta es enseñar gimnasia y demás.

—Es una profesión muy bonita —dijo la muchacha.

Le miró sonriendo.

—Y me gusta más —añadió.

—Lo celebros.

—Sobre todo, si se piensa en tu enorme fuerza física.

—No lo parece, ¿verdad? ¿Sabes que fui campeón de levantamiento de pesos? Aficionado, por supuesto.

Los ojos de Samantha chispeaban.

—Eso me da una idea, Lee —dijo.

—¿Sí?

—Podrás venir conmigo cuando tenga que hacer la compra...

—No quieres llevar peso, ¿eh?

—A veces; resulta muy fatigoso.

—Espero que no consideres así el matrimonio.

—No hay riesgos en ese sentido, Lee.

Floyd metió la mano en el bolsillo para sacar tabaco, pero encontró algo que le hizo fruncir el ceño. Sacó el naípe negro y lo hizo varios trozos, que luego arrojó al aire.

—Aquí acaba el caso de los siete naipes negros —exclamó.

—Y no empezarás ya otro, supongo.

—Sí, uno.

—¿Cuál, Lee?

—El caso de la ayudante del fiscal, casada con el profesor de cultura física. ¿Qué te parece?

—¡Fascinante! ¡Arrebatador! ¿Cuándo empiezas?

Floyd pasó un brazo por la cintura de la muchacha.

—Ha empezado ya —aseguró con voz firme.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda AHORA la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.